

La Ilustración Sud-Americana

AÑO VI

PERIODICO ILUSTRADO DE LAS REPUBLICAS SUD-AMERICANAS

N.º 123

DIRECTOR GENERAL:
RAFAEL J. CONTELL
La correspondencia a nombre del director

BUENOS AIRES, FEBRERO 1º DE 1898

REDACTOR EN JEFE:
RAMON M. DE IRIBAS
Los originales no se devuelven



UNA CICLISTA — COMPOSICIÓN DE E. GARNE

LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA

PERIÓDICO ILUSTRADO

DE LAS

REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS

FUNDADO EN 1892

EL MÁS PERFECTO EN TODO SUD-AMÉRICA

EDICIÓN ARGENTINA

24 PÁGINAS

APARECE LOS DÍAS 1.º Y 16 DE CADA MES

EDICIÓN URUGUAYA

24 PÁGINAS

APARECE EN MONTEVIDEO LOS DÍAS 5 Y 20 DE CADA MES

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

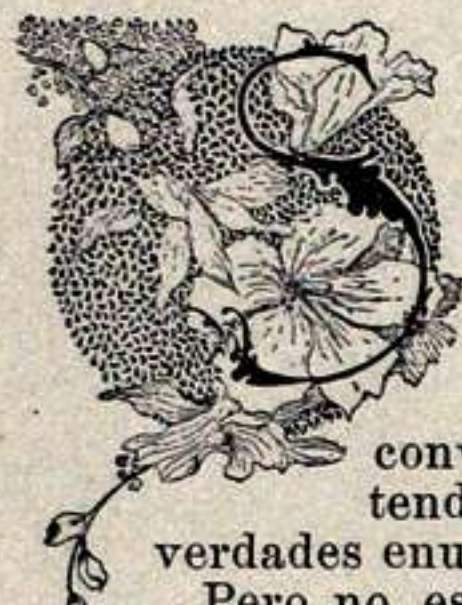
CAPITAL:		INTERIOR:	
Año.....	\$ m/n. 18.-	Año.....	\$ m/n. 20.-
Semestre.....	9.-	Semestre.....	10.-
Trimestre.....	5.-	Trimestre.....	5.50
EXTERIOR: Año..... \$ oro 9.-			
Chile y Uruguay..... 8.-			
Número suelto: \$ 1.25 m/n. * Número atrasado: \$ 1.50 m/n			

TOMOS ENCUADERNADOS

DE LOS AÑOS 1893, 1894, 1895, 1896 Y 1897

\$ m/n. 30 cada uno

COSAS Y QUISICOSAS



La misión del cronista fuera recoger las cosas que todo el mundo piensa, que todos dicen en el seno de la amistad y que, no pocos, comentan con voz altanera, disgustaría la crónica a todos, y la reseña, convertida en «fidelísimo relato», tendría toda la amargura de las verdades enunciadas en letra impresa.

Pero no es así: recoger lo que los políticos dicen de sus apasionamientos y «puntos de vista»; escuchar lo que el pueblo cree contra la opinión de sus *directores* del momento; atender quejas sentidas y reflejar, en breves cuartillas, la *opinión* de «la opinión pública», daría lugar a más de un epigramático concepto, y nos vendría bien la satírica observación del poeta:

Oyó un sordo que un mudo
le llamó pillo;
y al ver que se pegaban,
para impedirlo,
corría un cojo...
¡Así lo ha dicho un ciego,
que lo vio todo!

Porque, consultando «opiniones», no hay maridaje posible entre las encontradas voces de unos y otros «actuales» de la política interna, y *ciegos de nacimiento*, para estas triquiñuelas de vecindario, nos quedamos ante nublados horizontes que no despeja más que la lenta marcha del tiempo, libro eterno de verídicas demostraciones.

Salen a combatir en el campo de estas luchas, teorías antagónicas brutalmente antitéticas, en la forma: más tarde, en el *curso de la historia* se hermanan admirablemente para un fin común: el progreso general.

Las relaciones internacionales nos marcan otros derroteros: especialmente, nuestras relaciones con el país trasandino, nos hacen desfilar por imágenes *cinematográficas* en que, descarnadas de envolturas engañosas, giran y ruedan desde el año ochenta y uno, las apasionadas siluetas de principios que en oposición sistemática de encontrados intereses materiales, señalan por etapas sucesivas renuevos de *juicios periciales* en abierta contrariedad.

En vano, en estos diecisiete años se ha escrito oficial y extraoficialmente, *largo y tendido*; en vano, la diplomacia ha atendido más a la *letra* que al *espíritu* del acuerdo internacional de tan larga fecha, amontonando «protocolos» para el mejor deslinde de criterios y convicciones: hoy, como en los inicios de esta vieja cuestión en litigio, nos hallamos al principio del problema.

La prensa diaria nos informa: la de aquí, como la de allá, hoy dice y mañana desdice. ¿A qué fuente acudir para saciar nuestra legítima curiosidad? La propaganda callejera ha motivado en la capital chilena un *meeting*, pero la autorizada palabra del primer magistrado chileno ha puesto los puntos sobre las *ies* sobre tanta alharaca *vo-cinglera*.

Pero, aún se escribe sobre el *tópico* (?) y rue-

dan los embustes a través de la cordillera. Pero... ¿qué hay en esto?

«A un panal de rica miel
dos mil moscas acudieron».
Y al acudir en tropel:
¿cómo contarlas pudieron?
—Así lo dice el papel.

La palabra oficial anuncia paz y bonanza en las relaciones de ambos pueblos: atengámonos a lo más *autorizado* de todas estas informaciones.

Con paso más seguro podemos caminar en otros asuntos propios: y entre éstos, es el de la enseñanza el que más preocupa a los padres de familia, el que *a veces* preocupa también a los diarios más leídos de nuestro país y de todos los hispano-americanos, puesto que el mal es general. La enseñanza primaria es *deficiente* por... exceso: y la secundaria... por lo mismo. Sin orden ni concierto, sin lógica ni sentido práctico, se amontonan los ramos más discordantes en la más tierna edad de nuestra juventud estudiantil.

Los programas abrazan estudios complejos de una extensión inconcebible, y los bachilleres comienzan sus estudios universitarios sin saber dar *mediana entonación* y *sentido* a lo que leen, si su mala estrella los obliga a una lectura pública.

Se ha pensado en corregir con nuevos métodos las *deficiencias* de nuestra instrucción primaria y secundaria.

Hay quien propone, como remedio heroico, dada la inutilidad e injusticia de los exámenes, la supresión de éstos.

¿Basta esto? ¿No sería mejor suprimir *materias* (según la jerga escolar) y suprimir profesores, y exigir más a éstos y pagarles mejor?

A cómicos lances se presta, en esta época de «vacaciones escolares», el entusiasmo de algunos padres satisfechos.

Uno de éstos, mostrando a su hijo con orgullo a sus invitados, en una fiesta de familia, les decía:

—Pues, señor, aquí tienen ustedes un muchacho que ha sacado 10, 9 y 8 en todos sus exámenes de quinto año.

—¿En todos?

—En todos, sin excepción: en matemáticas, en historia, en idiomas... sabe inglés, francés y latín... distinción unánime en todos.

—Felicitamos a usted y al niño.

—Y no hay que olvidar la gimnástica; porque hay que prestar igual atención a la educación física como a la intelectual. No tengo motivo alguno para lamentar los sacrificios que he hecho por su educación.

—¿Y a qué carrera piensa usted destinar a este joven?

—¡Oh! la elección no ofrecerá dificultad. Mi hijo puede ser ingeniero, porque se ha distinguido en matemáticas.

—Hermosa carrera; es una de las que tienen hoy más porvenir.

—Puede ser médico, porque tiene disposiciones sorprendentes para las ciencias naturales. De él no más depende ser abogado, porque está dotado de una rara elocuencia natural. Si quisiera dedicarse al comercio, nada le sería más fácil, puesto que posee el inglés y el francés, y yo le daría la *plata* necesaria para establecerse. Si se le ocurriese dedicarse a la literatura, su éxito sería seguro, puesto que era el primero de su clase en composición literaria.

—El hecho es que a este joven no le faltarán los medios de ganarse holgadamente la vida.

—Y no hay para qué hablar de la fuerza física... levanta veinte kilos con el brazo estirado... con una salud de *fierro*... no ha estado nunca enfermo.

—Y ¿a qué pensáis, por fin, dedicarlo?

—No lo sé a punto fijo... pero... sí, sí: obtendré para él algún *empleo* en un ministerio ó en alguna *repartición* (?) con 80 ó 100 pesos mensuales, y después de algunos años podrá tener ciento cincuenta; más tarde ascenderá probablemente a jefe de sección; después podrá acaso llegar a subsecretario. Al cabo de veinte ó treinta años, cuando tenga más ó menos mi edad, podrá jubilarse con la mayor parte de su más alto sueldo. Su porvenir está asegurado.

Y ¿qué me dice usted de las *distribuciones de premios* en los colegios particulares?

—¡Oh! esto halaga las *vanidades paternas*, y además, estimula a la juventud estudiosa.

—¿Y cuáles son los premios?

—Hay de todo: medallas, coronas y... sobre todo, libros de amena lectura. Los niños los leen, es lo primero que encanta sus ocios estudiantiles, y hay que aprovechar esta disposición del espíritu infantil.

—Sí, es verdad: he visto ayer los premios de una niña, hija de un amigo mío; son dos libros: *Memorias de un sombrero de paja*, el uno, y *Aventuras de una mariposa*, el otro.

—¿Lo ve usted? *Paja*, poco grano; y después *mariposeo*: están en carácter con... la enseñanza.

El «uso de armas», es decir, el abuso, es uno de los temas siempre de actualidad en nuestro modo de ser. En los teatros, en los paseos, en todas partes, en nuestra culta ciudad, van las gentes armadas como si hubiese temor de asaltos imprevistos y la seguridad personal fuese un problema por esas calles de la capital bonaerense.

Dice un diario:

«Es explicable que lleve revólver en el bolsillo la persona que va a emprender una empresa arriesgada, la que viaja por campos despoblados y la que corre aventuras galantes en barrios excéntricos; pero no lo es la costumbre inalterable de ir a todas partes con el arma a la mano, lo mismo para oír misa que para asistir a una reunión de gente culta y educada, exactamente igual que si estuviéramos en una población compuesta de desalmados, sin amparo alguno de autoridades constituidas, donde la seguridad personal no tuviese más defensa que la del mismo individuo».

—¿Y usted, señor cronista, no lleva también armas?

—Sí: las de la persuasión.

—¿Y de qué le sirven?

—Lo que las otras, en general. De pura... *parada*.

De Mar del Plata, de los pueblecitos del Norte y Sur de la provincia, llegan «notas alegres» del señorío que se divierte. Las bellas lucen allí sus encantos y renuevan las fiestas de sociedad. Y lo más particular (dice un corresponsal privado), que son las casadas las más animadas.

Y pensamos en que Balzac dijo: «La mujer que es muy dichosa por el corazón, no se presenta en sociedad».

DEL NATURAL.—El propietario, gran banquero, acaba de comprar magníficos muebles, soberbios tapices: todo ha sido renovado y retocado.

Cada cielo raso ostenta un magnífico rosetón; en medio del rosetón se encuentra el correspondiente gancho.

Un curioso pregunta:

—Y de aquí: ¿qué se va a suspender?

Un criado le contesta:

—De ahí se... suspenderán los pagos.

MARINO BRAIS.



LA NOVELA MODERNA (1)

ENTRE LOS FRANCESES Y LOS INGLESES



El punto fundamental que tantas cosas explica en la educación de la mujer inglesa, escocesa, es éste: la joven protestante se cria con las heroínas de la Biblia y luego con las de Walter Scott.

Todos los novelistas ingleses tienen en vista ese ideal femenino y lo encarnan en sus personajes.

La realidad, tanto como la imaginación, les proporciona los tipos deliciosos que son el encanto de sus libros, de suerte que la vida influye poderosamente sobre la literatura y ésta, a su vez, es un medio de enseñanza. Hay así una continuidad de cultura moral. La literatura segunda la obra educadora.

Entre nosotros, sucede todo lo contrario. Todos los esfuerzos del Estado, creador de la enseñanza, quedan paralizados por la literatura pedestre.

Aprender a leer en las escuelas primarias y servir de esa instrucción para leer folletines infames y los libros vergonzosos, es lo más general entre los hijos de los obreros y de los campesinos.

Remontándonos en la jerarquía intelectual, tomemos, entre los novelistas, a nuestro maravilloso Alejandro Dumas, padre.

La rica imaginación del Walter Scott francés, ¿ha creado acaso un solo tipo femenino que podamos presentar a nuestras hijas? Y, sin embargo, en comparación con los demás novelistas, Alejandro Dumas, padre, parece muy reservado.

El cerebro, acosado por las preocupaciones, febril o agostado por la labor científica, literaria, manual, requiere descanso. La inacción no proporciona dicho descanso; sólo la diversidad de las ocupaciones puede refrescar el espíritu, y leer es la distracción suprema.

Y ¡qué beneficio tan grande cuando la imaginación puede sustituir a nuestra propia vida la vida ajena, un mundo poblado con imágenes amables, pensamientos dulces, en fin, cosas entretenidas!

Nada de acontecimientos demasiado dramáticos,

(1) De una nueva obra de la señora Edgar Quinet; De París a Edimburgo, entresacamos el estudio comparativo entre la novela francesa y la inglesa.

ni de pasiones descabelladas; sentimientos vivos, profundos, pero nobles y honestos, un pasatiempo muy dulce que entretenga la curiosidad del espíritu y permita seguir con interés a los protagonistas de la novela.

Que éstos se hallen en las justas proporciones de la naturaleza humana, ni debajo, ni demasiado por encima; gente bien criada, con más ó menos inteligencia, muchos defectos, algunas virtudes, belleza, ingenio, que se expresen bien, que obren con más ó menos cordura.

Por supuesto que todo drama y toda comedia (pues en la vida hay lo uno y lo otro) tienen como punto de partida ó como objeto, el amor, un sentimiento de cariño naciente, correspondido ó no.

En la novela inglesa, la historia de ese amor es inseparable de la idea de casamiento. El país, la vida doméstica, las costumbres elegantes, aristocráticas ó burguesas, las diversiones, los bailes, los conciertos, las toilettes, las conversaciones ingeniosas, sensatas ó cómicas de los varios personajes, las lecciones de cordura de algunos, los arrebatos de locura de los demás, todo esto constituye la trama de la novela, y en un idioma tan natural, tan sencillo, con detalles tan á lo vivo, escenas tan vividas, fotografías tan fieles, que al cerrar el libro es cuando uno se da cuenta de que los personajes son imaginarios y de que no los ha conocido. Durante la lectura habían penetrado vivos en nuestra vida...

En esas novelas inglesas, reconozco, más ó menos, la sociedad en que vivimos; no es nuestro país seguramente, ni son ciudadanos nuestros, y, sin embargo, no los desconocemos como solemos hacerlo con los extraños personajes de las novelas contemporáneas en boga. ¿Son franceses estos últimos? ¿Serán francesas? Quizá en los bajos fondos existan semejantes tipos; pero, no son la sociedad. Pertenecen a un mundo equivoco.

En nuestras novelas modernas no se ve más que el mal. ¿A quién harán creer que las monstruosidades, las cosas malsanas que abundan en las escenas de la vida íntima, son la fotografía de las costumbres francesas? Y, sin embargo, el extranjero puede muy bien dejarse engañar.

La novela inglesa no es el triunfo de la virtud, del ideal, sino sencillamente de la honradez. La naturaleza humana está analizada en ella tal cual es, con sus debilidades, sus defectos; pero también con nobles aspiraciones. El bien es la base de todos esos cuadros de la vida doméstica. El lado ridículo constituye el elemento divertido; el desarrollo de los caracteres representa el lado moralizador.

La novela inglesa está escrita con tanta sencillez y tanta naturalidad, las conversaciones expresan tan exactamente lo que pretenden decir, sin fraseología, sin retórica, sino buena y llanamente, como sucede en la vida diaria, en la vida de familia y de los salones, que uno cree presenciar dichas escenas íntimas, oír y ver á las gentes que hablan y obran. Participamos de su vida, por lo general rastrera, pero por lo menos verdadera.

Nuestros jóvenes novelistas son muchísimo más complicados y rebuscados. Su eterna preocupación por tener un hermoso estilo les hace perder de vista, no ya la realidad, sino el realismo, lo cual es muy distinto. En la crisis de la existencia lo mismo que en la corriente habitual de la vida, se habla poco de esa lengua estudiada, en la que se encuentra á un tiempo la elocuencia, la pintura y la música, todo, menos la sencillez.

El abuso literario crea un estado mental muy peligroso en un pueblo tan artista como lo es el nuestro. Toda su actividad se concentra en las formas del lenguaje; la palabra reemplaza á la acción. El don literario viene á ser en algunos una embriaguez, en otros una especie de intoxicación soñolienta. Las palabras incoherentes, dejan de responder á la vida interior, y algunas veces la reemplazan por un *yo* romántico, ficticio, inconsciente.



NEGRO Y BLANCO

No me explico que te asombres por qué al casarse los seres, de negro vistan los hombres y de blanco las mujeres.

Me confiesas con candor que jamás has comprendido por qué lucen un color tan opuesto en el vestido.

¿Desconoces por virtud que es innegable verdad que él marcha á la esclavitud y ella cobra libertad?

¿Que uno, al perder lo más caro, y otra, al ganar albedrío, todo en ésta ha de ser claro y en aquél todo sombrío?

¿Y que es ley establecida, por contraste de la suerte, que es la libertad la vida y la esclavitud la muerte?

Pues viendo lo que ha de ser de su porvenir el fruto, viste alegre la mujer y el hombre viste de luto.

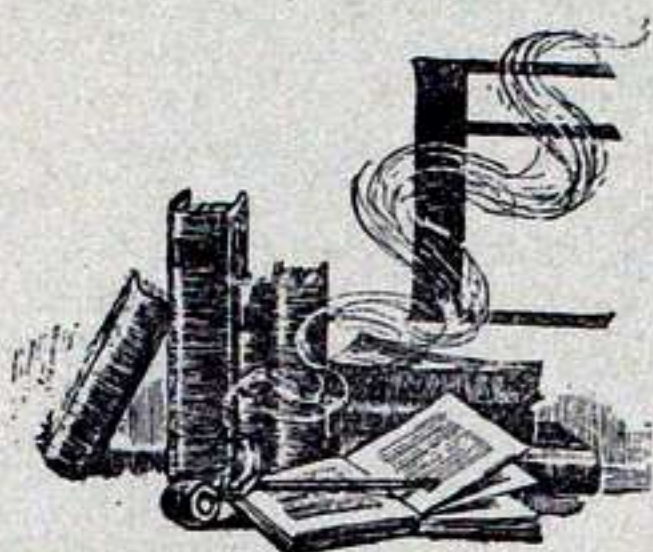
MANUEL S. PICHARDO.

(Habana.)



EL DOCTOR TROUSSEAU

SU MUERTE



El doctor Lavailles, de cuya muerte, ocurrida en Sidney, dan cuenta los periódicos australianos, contaba 97 años y 30 millones de francos. Para no alarmar al cuerpo médico con esta segunda cifra, añadiré que el doctor Lavailles no había conquistado tan considerable fortuna en el ejercicio de la medicina, sino dedicándose al comercio. Hacía ya cerca de medio siglo que abandonara por completo sus ocupaciones científicas, á consecuencia de un error de diagnóstico que cortó la vida á uno de sus enfermos, una operación practicada para extirpar un tumor abdominal... imaginario. Convencido y espantado de su equivocación, el facultativo juró desde aquel momento no volver á pulsar un enfermo ni tocar un bisturí, juramento que cumplió religiosamente. Disponiendo ya entonces de un capital regular, lo empleó en operaciones mercantiles; y, más tarde, siendo ya casi septuagenario, se trasladó desde Francia á Australia, en donde redondeó su fortuna.

El doctor Lavailles había sido condiscípulo é íntimo amigo del famoso Trousseau, una de las glorias de la escuela francesa, y fué uno de los testigos presenciales de cierta escena que relataba recientemente un periódico parisiense. Trousseau era, al par de un médico eminente, un hombre de mundo, muy aficionado á la vida social. Trabajando afanosamente durante todo el día, al dar las siete de la noche, poníase el frac y la corbata blanca para frecuentar las casas más aristocráticas de París y los palcos de la Ópera ó de la Comedia francesa. Muy bien visto en todas partes, así por su gran reputación científica, como por su delicado ingenio y su extrema afabilidad, Trousseau no contaba en la alta sociedad más que con admiradores, amigos... y envidiosos.

Gustaba, además, de reunir en torno de su mesa —una de las más suculentas y acreditadas— en un día fijo de la semana, á personas de las más conocidas en el mundo científico y político, artístico y literario, con las cuales le unían afectuosas relaciones. El ser admitido á la mesa del doctor Trousseau, otorgaba, por decirlo así, un diploma de mérito y de distinción, y de ahí que las notabilidades más conocidas de París tuviesen á gran merced el recibir una invitación del ilustre médico.

En uno de aquellos banquetes y cuando la conversación entre los comensales había llegado al período álgido de la animación, de la alegría y del *esprit*, vióse al doctor Trousseau palidecer extraordinariamente, pintada en el rostro una expresión de sufrimiento intenso, en tanto que la diestra, que sujetaba el tenedor, quedaba en el aire como inmovilizada.

—¿Qué tiene usted?... exclamaron todos los convidados.

—Nada, absolutamente nada... —replicó él, tras un momento, esforzándose en sonreír.—Pero han de permitir ustedes que me retire por algunos minutos.

—¿Se siente usted indispuerto?—preguntaron algunos.

—No, señores, me siento muy bien; pero figúrense ustedes que acaba de asaltarme una duda singular acerca de un caso de mi clínica... y ya conocen ustedes mi carácter... quiero resolver en el acto esta duda y consultar á uno de mis autores predilectos. Soy con ustedes dentro de un instante.

En efecto: al cabo de cinco minutos reapareció el doctor con aire sonriente, tranquilo, satisfecho; sentóse de nuevo á la mesa y durante el resto de la velada se le vió, como de costumbre, tomar parte activa en las pláticas de sus amigos.

Al despedirse el ex doctor Lavailles, (éste había dejado ya la medicina) colocándose al lado de su amigo, le preguntó en voz baja:

—Dime la verdad; ¿qué te ha pasado, entonces? ¿un vahido?

Y Trousseau contestó sin dejar de sonreír: —Creo que ha sido algo peor que un vahido; me parece que he leído mi sentencia de muerte. Pero no digas nada todavía.

Al siguiente día, el doctor reunió en su casa á tres especialistas eminentes, los tres discípulos suyos, y les reveló que la vispera, mientras comía, había sentido en el estómago un dolor agudísimo, insoportable, que, por su carácter, habíale inspira-

do una terrible sospecha. Inmediatamente había querido cerciorarse, en lo posible, consultando una de las obras científicas en que con más claridad y precisión estaban explicados los síntomas que representa el cáncer del estómago. El resultado de esta consulta fué corroborar la certeza de sus temores; pero, no fiando completamente en su propio diagnóstico, apelaba á la ciencia y á la sinceridad de sus tres compañeros y antiguos discípulos para que le sacasen de dudas.

—Sobre todo—concluyó diciendo—quiero que me hablen ustedes con absoluta franqueza. La menor vacilación me haría suponer ó que son ustedes unos ignorantes, lo cual me heriría en mi orgullo de profesor, ó que me tienen ustedes por un cobarde... y eso no lo fui nunca.

Los tres doctores reconocieron minuciosamente á Trousseau, escucharon las explicaciones que éste les dió acerca de todos los síntomas experimentados y opinaron unánimemente, que, en efecto, el maestro estaba atacado de un cáncer en el estómago.

Y Trousseau, que escuchara impávido la deliberación de sus colegas y su terrible fallo, añadió: —¡Ya sabía yo que no me había engañado!... Ahora diré á ustedes algo más: sé que no me quedan más que tres meses de vida.

Desde aquel momento, no pensó el doctor más que en prepararse para la muerte, que se acercaba paso á paso. Luchando con alma estoica y una valentía que no se desmintió un minuto, con los horribles dolores que le acometían, despidióse de sus discípulos y de sus deudos y amigos. Fué al cementerio del padre Lachaise y escogió el terreno en donde quería que su cadáver reposara; dictó sus últimas disposiciones; eligió en una empresa de pompas fúnebres el ataúd que había de encerrar sus restos y dió las instrucciones relativas á sus exequias, abonando su importe. Luego, se metió en cama y esperó la hora de la muerte, que se presentó en la época exacta que había indicado.

J. B.



LETRAS AMERICANAS

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

COLABORACIÓN



Es un tiempo á esta parte se nota en América un renacimiento intelectual, que puede llegar á ser duradero y fecundo, si la juventud, siempre ardorosa en el comienzo de sus empresas, toma su misión en serio y estudia sin desfallecer. En todas las repúblicas del continente aparecen nuevas revistas y se publican nuevos libros. Una generación más atrevida se lanza á la palestra, dispuesta á luchar y á vencer. Aunque todavía florecen acá y allá las flores de trapo, la poesía banal y hueca, la prosa amorfa, las tonterías rimadas, se oye de vez en cuando la voz armoniosa de un artista puro, ó de un poeta verdadero que tiene un instante los espíritus mercantilizados, y les hace escuchar los acordes de la lira antigua.

Recientemente, don Juan Valera y don Leopoldo Alas, llamaban la atención en España hacia las producciones literarias de nuestro hemisferio; y en uno de los últimos números del *Mercure de France*, un colaborador de esa notable revista, Pedro Emilio Coll, dedica al asunto objeto de estas líneas, un extenso estudio crítico, recordando entre los principales iniciadores del movimiento modernista, al grande y glorioso José Martí, que desapareció luchando por la libertad mental y política de Cuba; á Manuel Gutiérrez Nájera y Julián del Casal, dos aristócratas del pensamiento; á José Asunción Silva, autor de la encantadora melodía nocturna, que acabó sus días en el suicidio; y á Rubén Darío y Ricardo Jaimes Freyre que siguen produciendo, el uno en Buenos Aires y el otro en Río, sus extrañas flores de poesía y de ensueño, impregnadas de luces misteriosas y de exóticos perfumes.

Digan lo que quieran los retardatarios y los normalistas, que niegan el soplo cálido de viva poesía que circula por las venas de los poetas jóvenes de América: cuando una revista de la importancia del *Mercure de France*, no desdén de dedicarle sus páginas, elogiándolos, es que la *cosa* no sólo existe sino que vale.

Entre las muchas obras que tengo á la vista, recibidas recientemente, y de las que voy á dar somera cuenta, noto que la influencia francesa es cada vez mayor; aumenta, á medida que la de las otras nacionalidades decrece.

Poesías de Manuel Gutiérrez Nájera.

El último paquete llegado de México ha traído los cantos de Manuel Gutiérrez Nájera, muerto tres años ha, devorado por una enfermedad desconocida. El célebre *Duque Job*, que durante cuatro lustros alimentó las prensas con sus trabajos críticos y literarios, después de haber sido un rey de los salones, solicitado, agasajado y que-

rído, terminó su vida como Poe. Una amarga pena, de aquellas que blanquean en pocas horas las testas viriles, le hizo buscar en la copa del alcohol la *tranquilidad* y el *olvido* de dolores acerbos. Ni sus amigos, ni sus compañeros de arte, ni su angelical Cecilia, «a quien Martí dedicó su última adorable canción», lograron desviarle del precipicio en que cayó para morir. Los que hemos saboreado sus primeros versos cálidos y apasionados, llenos de optimismo y de fe, creímos que Gutiérrez Nájera realizaba el ideal del poeta sobre la tierra: que era un hombre feliz. En cambio, leída su colección que ocupa cerca de 400 páginas, vese al través de ella una alma combatida por los mayores infortunios y por la más negra suerte. Justo Sierra, en el prólogo con que la precede, traza la vida de su discípulo predilecto, dándonos la clave de su foso pesimismo, que se traducía a veces en apóstrofes airados o en blasfemias a Dios; a ese mismo Dios que él había cantado con una fe inmensa y con inmenso fervor, en las horas sacrosantas de la juventud. Inexplicables y absurdas parecen a primera vista las evoluciones bruscas y fundamentales de estas grandes almas. Es que juzgamos *a priori*, sin conocer las causas generadoras que las hacen inevitables. A veces, éstas son tan graves, que los arrastran al escepticismo, a la locura, al vicio y a la muerte. Diríase que el destino se complace en atormentar especialmente a los seres superiores, redoblando su ensañamiento cuando hiere a un gran artista o a un gran poeta. Y Gutiérrez Nájera lo fué. El, ha podido decir, profeta de su gloria: *Non omnis moriar!* No moriré del todo! Y con razón. Sus poesías, reunidas por primera vez en un volumen, forman una colección de cantos imperecederos. Allí existen desde sus primeros balbuceos poéticos, las estrofas a Dios, a la Virgen, a la madre y a la amada, hasta el grito hondo y doliente de *Almas Huérfanas*, grito de suprema desesperanza, estallido de dolor intenso, queja desgarradora y profunda, que termina en un sollozo.

Gutiérrez Nájera fué un gran poeta; iguales habrá tenido la América, mejores no. Su muerte, levantó en México un movimiento unánime de condolencia y de admiración. El pueblo acompañó su cadáver cubierto de coronas, hasta la morada del eterno misterio; la juventud intelectual le despidió con todos los honores de su rango y las damas esparcieron rosas a su paso.

El sitio que ocupaba en el parnaso de su patria no ha sido llenado todavía, y probablemente no se llenará jamás, «porque el molde singular en que fué vaciado ha sido roto».

OBRAS, de Ignacio Ramírez

Las forman dos gruesos tomos en octavo mayor, de 500 páginas cada uno. Traen al frente un prólogo de Ignacio M. Altamirano. El primer volumen contiene poesías y el que no pase adelante de esa sección, creará que Ignacio Ramírez no fué sino uno de los tantos poetastros románticos, que han pululado en América hasta hace pocos años. Sus versos no son peores que los de nadie, porque peores no los hay. Este filósofo, vulgarizador de las doctrinas de Lucrecio, tenía, como la mayoría de los grandes hombres, su manía: tenía la manía del verso. Creía que éstos valían más que sus estudios filosóficos, que sus disertaciones científicas, que sus artículos históricos; y, como repito, hacía versos que son una calamidad. Valbuena no tendría que aguzar el meollo para hallar ripios y disparates a granel. Usó y abusó del soneto, la forma menos maleable para él; y no sólo se concretó a las entonaciones líricas, sino que abordó con la misma risueña intrepidez la poesía festiva y la sátira social y religiosa, fracasando en ambas de manera lamentable.

Pero este escritor, que carecía casi en absoluto del don de la poesía, fué un gladiador en la prensa y en la tribuna. Tan universal como Sarmiento, se ocupó también él de filosofía, geología, economía política, botánica y fisiología, llamando la atención en Europa con sus trabajos fragmentarios sobre las «sensaciones», escritos en 1848; confirmando sus teorías por los fisiologistas, cuarenta años después que él las estableció y explicó.

Sus discursos sobre las razas primitivas de México; el que pronunció a propósito del aniversario de la Independencia, el 16 de Septiembre de 1861; el de la Sociedad de Geografía y Estadística sobre «La lluvia de Azogue»; el del Congreso, al discutirse las bases de la Constitución Nacional, y el que leyó en el Liceo Hidalgo, analizando la poesía erótica de los griegos, son piezas oratorias notables, por la forma y por el fondo.

En ellas el artista y el sabio están al mismo nivel; y se lamenta de veras, que el compilador de estas obras haya colocado al lado de estudios tan profundos y serenos, versos tan insulsos e incorrectos.

La personalidad de Ramírez no cabe en esta rápida noticia, reclama el estudio detenido y hondo. Lo que Francisco Bilbao hizo en el Sud, él lo realizó en el Norte. El clero no tuvo fustigador más temerario. Se hizo odioso a esa



DOCTOR JOSÉ R. MENDOZA
MINISTRO DE HACIENDA DEL URUGUAY
(Fotog. Fitz Patrick)

ecta, la cual le persiguió a muerte, declarándole ateo y dejando caer sobre sus espaldas todas las iras y todas las diatribas. Ramírez apareció en momentos que Carpio y Pesado estaban en su apogeo; «en que la Religión y la Cruz era el único tema de versos», en una sociedad minada por el clericalismo más intransigente. La lucha que tuvo que sostener, solo contra todos, fué atroz y estuvo repetidas veces expuesto a perder la vida. Felizmente el patriota y el filósofo logró inocular sus ideas en el pueblo, y poco después de su muerte, éste le levantó una estatua en la plaza de la Reforma, eternizando así en el mármol la efígie del infatigable apóstol del credo liberal y del elocuente tribuno.

En la polémica que sostuvo con Emilio Castelar, abogando por la *desespañolización* de México, y en la cual ambos hicieron lujo de sus prodigiosas facultades intelectuales, el pensador mexicano derrotó al orador español. Terminada la discusión, Emilio Castelar, adversario noble y leal, le remitió su retrato con estas palabras: «A don Ignacio Ramírez, recuerdo de una polémica en que la elocuencia y el talento estuvieron siempre de su parte. El vencido. Emilio Castelar».

ORO Y NEGRO, de Francisco M. de Olaguibel

Nombre de autor, completamente desconocido para mí: Impresión tipográfica del folleto, pésima;



GENERAL RUFINO BAUZÁ
(del Ejército Uruguayo)

y, por lo tanto, desfavorable externamente. Lo abro con desconfianza, creyendo toparme con uno de esos sempiternos cantores de la *Patria* o con uno de esos *decadentes* imberbes, que creen serlo con sólo titularse así, y que constituyen una epidemia peor que la peste negra o el cólera morbus, pues pululan desde el Cabo de Hornos hasta el golfo mexicano. Empiezo a leer y la impresión es placentera. No sé si Olaguibel es un poeta en el sentido superior. La generalidad confunde términos. Cree que poeta y rimador es la misma cosa. De los primeros hay tan pocos, que alcanzan quizá los dedos de la mano para contarlos. Los segundos, forman legión. El tomito de versos de Olaguibel está dividido en cinco partes: *Rimas de Oro*, *Croquis Modernos*, *Hojas de Album*, *Baladas Negras* y *Rondeles*. Total: 69 páginas, que se leen de un tirón. Encuentro en ellas elegancia de forma, facilidad de rima, y en ciertas composiciones como *Chopin*, *Las Euménides* y *En Marcha*, rara maestría en el manejo del idioma.

Oro y Negro es el primer libro que Olaguibel da a luz. Esperemos otros mejores, pues deben esperarse de quien en la flor de la juventud escribe el siguiente admirable rondel:

Entre un áureo repique de cascabeles
La adorada a buscarme vendrá algún día,
Y tenderá a sus plantas la poesía
Las enfermizas flores de mis rondeles.

Se ahuyentará la negra melancolía
Y alumbrando del tedio las sombras crueles
Entre un áureo repique de cascabeles
La adorada a buscarme vendrá algún día.

No me llaméis entonces; la amada mía
Me llevará a las filas de sus tropes
Y mi mano en la suya, pálida y fría,
Iremos por la inmensa ruta sombría
Entre un áureo repique de cascabeles.

«PARÍS», por Carlos A. Villanueva

El París que ha visto el señor Villanueva no es el verdadero París; ó, en términos equivalentes, el verdadero París no es el que ha visto el señor Villanueva. Con cambiar el título de París por el de otra ciudad cualquiera, el libro no perdería nada. Son pinturas superficiales de Montmartre y del Barrio Latino, anotaciones reporticias de la vida boulevardera, bocetos trunco de escritores y artistas, recuerdos de fiestas, paseos y teatros, salpicado de uno que otro cuento pasable; escrito todo en un estilo periodístico, sin vuelo, sin gracia, sin color local, sin característica especial.

El señor Villanueva, miembro de la Sociedad Real de Arqueología de Bruselas, será quizá un buen arqueólogo, pero es un aburrido escritor de viajes.

UNA NUEVA TRADUCCIÓN DE «EL PARAÍSO PERDIDO» DE MILTON, POR JOSÉ ALVAREZ BONILLA

En este género de labor la América latina cuenta ya un buen número de trabajos recomendables. A las traducciones del General Mitre, de las *Odas* de Horacio y de *La Divina Comedia* del Dante, a las del señor Calixto Oyuela, de las *Poemas* de Leopardi, a las de Antonio Pérez Bonalde, de *El Cuervo* de Poe y a las de Leopoldo Díaz, de varios poetas europeos, es necesario agregar hoy la del bogotano Enrique Álvarez Bonilla, que ha trasladado al verso castellano *El Paraíso Perdido* de Milton, labor ardua, que habrá puesto más de una vez a prueba la paciencia del erudito traductor.

Reconociendo el considerable esfuerzo efectuado, estoy con los que piensan que las traducciones en verso, en su mayoría, son pálidos reflejos del original; y que la labor proficua es concretarse a verter las concepciones geniales de los grandes poetas en una prosa sencilla y fácil, para conservar la fidelidad del pensamiento, ya que la de la forma es materialmente imposible.

Con todo, deben aplaudirse empresas tan fatigosas y de tanto aliento como la llevada a cabo por el escritor de Bogotá, porque sólo teniendo un inmenso amor por el arte, se acometen y realizan esfuerzos semejantes.

«SENSACIONES DE VIAJE», por M. Díaz Rodríguez

Después de *Confidencias de Psiquis*, seis cuentos curiosísimos y de honda penetración psicológica, Manuel Díaz Rodríguez da a luz en la capital de Francia sus *Sensaciones de Viaje*, en que la sutileza de la observación corre parejas con la sutileza del estilo.

Hermoso libro este, tan raro como hermoso; libro en un todo diverso de los de Castelar, de d'Amicis y de Stendhal; impresiones de escenas, de paisajes, de cuadros, de ciudades, de obras de arte; escritas en un lenguaje aristocrático, siempre claro, que brota de su pluma como un manantial de la montaña, cristalino y diáfano, alumbrado a trechos por un rayo de sol ó por un resplandor de luna; libro de un adorador fanático de la naturaleza, que la siente y la sabe pintar; de un espíritu enamorado de la línea y del matiz, al que no escapa el más mínimo detalle, desde el pájaro que vuela en el espacio hasta el insecto que se esconde en la yerba trémula y humilde.

Este artista no se diría que vió la luz bajo los trópicos sino bajo los cielos azules de Italia ó de Grecia. A medida que viaja, va anotando los diversos estados de su alma, ya nos describe con sencillez envidiable la tranquila placidez de los lagos de la *Aldea Lombarda*, bañados por los postreros arreboles del crepúsculo; ya cante á Venecia delante de la iglesia de San Marcos ó bajo el Arco de los Suspiros, donde su góndola «se desliza entre dos hileras de palacios como una lágrima que rueda lenta y solitaria entre dos cantos de una elegía de piedra»; ya evoque las sombras de los Césares en Roma; ya eleve un himno á la belleza plástica, contemplando las obras de los artistas del Renacimiento en los museos florentinos; ó guste del placer de vivir, recorriendo los alrededores de Nápoles en una tarde serena.

Lo repito: *Sensaciones de Viaje* es uno de los mejores libros del género, que ha producido el arte literario americano. Hay en esas páginas un estilista «que pone mordiente y color en la frase» y que sabe combinar las palabras para producir los más raros efectos de sonoridad verbal. Sus períodos carecen en absoluto de metáforas rimbombantes; delicados y arrulladores, acarician blandamente el oído como la voz aterciopelada de una mujer que canta una romanza de Tosti.

Tiene el concepto cabal del mundo y de la vida; la visión justa, el epíteto que pinta; y lo mismo delante de una obra maestra de arte ó frente á los espectáculos del mundo físico; al ver por primera vez la catedral de San Pedro con su enorme cúpula, ó el Vesubio con su penacho de fuego, su entusiasmo no estalla jamás en el grito de admiración sino que se traduce en una impresión real, fuerte y honda, que penetra hasta el alma y se graba allí para siempre.

Sensaciones de Viaje, señala la aparición de un verdadero escritor, del que Venezuela puede enorgullecerse.

«LA VIDA NUEVA», por José Enrique Rodó

«Sin cierta flexibilidad de gusto, no hay buen gusto. Sin cierta amplitud tolerante del criterio, no hay crítica literaria que pueda aspirar á ser algo superior al eco transitorio de una escuela y merezca la sanción de la más cercana posteridad.» Este es el lema con que encabeza su primer folleto de crítica el escritor uruguayo José Enrique Rodó; folleto que contiene dos estudios, uno titulado *El que vendrá* y otro la *Novela Nueva*, aparecidos en *La Revista Nacional* de Montevideo, que revelan erudición, análisis, conocimientos variados y buen gusto literario.

«PENTÉLICAS», de Andrés A. Mata

El autor de *Pentélicas* es un joven venezolano de veinte años.

Su patria artística, Grecia. En ella ha hecho su nutrición intelectual.

Siendo cosmopolita por el fondo de los asuntos que canta, es clásico en la forma, y generalmente, frío é impasible como un parnasiano. Pertenece al grupo, todavía reducido en el Nuevo Mundo, de los poetas socialistas; y en las estrofas en que canta á Caserio, cae redondamente en el anarquismo y en la vulgaridad.

Sin notarlo, quizá, Mata hace la apología del criminal que asesinó á Carnot. Errores y anacronismos en que no volverá á incurrir, por cierto, en adelante, para bien de su nombre.

Conocía una que otra poesía aislada de Mata. El volumen que tengo á la vista revela al poeta. Casi todas sus composiciones tienen la nivelación artística. La que decae en la idea, vibra por la forma; la que carece de ritmo aparente, lo tiene interior.

Vargas Vila, ha escrito al frente de *Pentélicas*, un prólogo entusiasta, que termina así: «Vaya esa poesía viril á despertar los espíritus fuertes, dignos de seguirla; ó sea ante lo porvenir, monumento de orgullo y alegato de defensa cuando se trate de juzgar la esterilidad relativa de una época que condujeron á tan triste decadencia los imitadores serviles y los espíritus mediocres».—Mata, en uno de sus arranques líricos, exclama:

Hay vértigo de gloria en el que sube
Y hay vértigo de muerte en el que baja.
¡Subir ó descender! Menos ser nube,
Que nunca al éter infinito sube
Y nunca al fondo del abismo baja.

Recuerde siempre esa estrofa, el poeta de Caracas, para no desviarse del rumbo que lo impulsa hacia la altura; siga estudiando y produciendo sin imitar á nadie, oyendo solo la voz de su conciencia y de su corazón, recordando que de este último han salido los acentos de las grandes letras; tenga la fe, que es la suprema fuerza, y la perseverancia que es la suprema virtud; y si escucha en torno suyo palabras destempladas de injusticia y de envidia, no se desaliente; felicítase, al contrario, y retémpese, porque los ataques y las injusticias redoblan á medida que el artista deja la sombra para brillar en la luz.

LUIS BERISSO.

Buenos Aires, Enero 25 de 1898.



EN LA PLAYA DE VILLASOL — De pronto una voz infantil y vibrante hirió su oído, exclamando: — ¡Papá!

EN LA PLAYA DE VILLASOL

POR CASIMIRO PRIETO—ILUSTRACIÓN DE J. MAROLD

A mi querido amigo el distinguido poeta Horacio F. Rodríguez

El sol, con sus últimos reflejos, doraba las copas de los árboles, y el cielo, sin una nube, disponíase á engalanarse con sus más ricas joyas de plata...

Yola y Lisardo, los dos tiernos amantes, de pie al lado de la ventana que daba al jardín, hacíanse mutuas protestas de eterno cariño, poniendo á Dios por testigo de la pureza de sus intenciones.

—¿Me olvidarás? decía Yola, envolviendo á Lisardo en una mirada que, más que mirada, era llamarada ardiente.

—¡Nunca! contestaba él, en un arranque de pasión frenética.

—¡Lisardo!

—¡Yola!

—No sabes el dolor que me causa esta separación.

—¿Por qué no te niegas á ir á esas malhadadas playas de mar, á donde quiere llevarte tu padre?

—¡Imposible! el médico lo ha ordenado y mi salud exige ese sacrificio...

—¿Y va con vosotros... el primito?

—Ya sabes que es el secretario de papá.

—Se me figura, observó consternado el amante de Yola, que para tomar baños de mar no hace falta secretario.

—¡Siempre con tus dichosos celos!

—Como serpientes venenosas se han enroscado en mi corazón y me oprimen y muerden... ¡Ah! es necesario que yo mate á tu primo... lo exige mi tranquilidad; los dos no cabemos en el mundo.

—¡Un homicidio!

—¡No! ¡un monicidio!

—Es necesario que arranques de tu pensamiento esa idea criminal...

—¿Me juras que no le amas?

—¿A quién? ¿al primo? ¡te lo juro! pero... vete; papá puede llegar de un momento á otro y tu presencia aquí podría robustecer sus sospechas... ¡estoy temblando!

—¿Cuándo es la partida?

—Mañana.

—¡Tan pronto!

—¡Valor, Lisardo!

—Se me ocurre una idea...

—¿Alguna locura.

—¿Y si fuese yo también á las mismas playas?

—¿No lo dije? ¡qué insensatez!

—¡Bah! ¿por qué? para justificar mi presencia allí, á los ojos de tu padre, hay un medio sencillo; voy, veo á tu médico, le digo que sufro... de cualquier cosa: de neuralgia, de dolor de muelas, y de seguro que me receta baños de mar; conozco bien á tu médico; el mar es su botiquín.

—Hay un pequeño inconveniente para ello, dijo Yola.

—¿Un inconveniente?

—Si... que no sé á qué playa vamos; probablemente á alguna playa extranjera. Es un secreto.

—¿Un secreto? pues si es un secreto debe conocerlo el secretario y yo me encargo de arrancárselo, aunque sea con la vida.

—¡Calla, loco! ¿estás empeñado en que se descubran nuestros amores? ¡tiemblo al pensarlo! Ya sabes que mi padre me destina á su hermano, á mi tío José.

—Es verdad, me había olvidado de ese pretendiente ridículo. ¿Y va también don José á tomar baños de mar?

—También, y él es el que está más empeñado en que vayamos al extranjero.

—Apuesto á que tu médico le ha prescrito los tales baños.

—Es verdad; mi tío sufre de la gota...

—¿De la gota? de lo que yo creo que sufre tu tío es... del trago.

—¡Por Dios! modera tu lenguaje.

—¡Yola!

—¡Lisardo!

—¿Por qué te turbas?

—¿Oyes?... ¡la voz de mi padre!

—¡No importa!

—¡Dios mío! ¿quieres provocar su enojo? ¡vete!

—¡Yola!

—¡Lo exijo!

—¿Me olvidarás?

—¡Nunca!

Y arrancándose Yola un clavel que se abría rojo en la nieve de su seno, se lo dió á Lisardo, que lo besó con pasión.

Y en cambio de la flor, dió á Yola un pequeño objeto que sacó de su bolsillo.

—¿Qué es eso? dijo la joven con infantil curiosidad.

—Un medallón.

—¿Un medallón?

—Sí, con un retrato mío, ejecutado por un artista habilísimo... que se muere de hambre. ¡Triste destino el del genio! Conque, lícelo, y que no se aparte jamás de ti.

—¿Estás loco? ¿y mi padre? ¿qué diría al ver tu retrato?

—No temas... no lo verá.

—¿Por qué?

—Porque no puede verme *ni en pintura*.

Las playas de Villasol habían sido invadidas por una concurrencia enorme, que acudía, como todos los años, á respirar sus frescas brisas y á zambullirse en sus olas azules, siguiendo los consejos de los médicos y amoldándose á las exigencias de la moda.

—No es ciertamente Villasol mejor que las playas balnearias de nuestro país, decía don León á su hija Yola, al instalarse en un hotelito que se alzaba pintoresco en una verde y florida loma, no lejos del mar; pero en cambio, Villasol ofrece la inapreciable ventaja de ser una playa extranjera y bañarse en extranjeras aguas es el colmo de la distinción y del buen tono. Nadie es profeta... ni verdadero bañista en su patria. A mí las aguas de casa no me prueban. Además...

—Además... ¿qué? dijo Yola.

—Necesito librarte de la persecución de ese mequetrefe que no te deja á sol ni á sombra, ¡cien tormentas! y nada mejor para hacerle perder nuestra pista, que habernos venido al extranjero.

—¿Hablas de Lisardo? ¡bah!

—¿Cómo... bah? ¿me negarás que anda bebiendo los vientos por tí? ¡Infame!

—¡Papá!

—Ya sabes que he echado la llave á tu corazón y que sus afectos pertenecen á José.

—Es que yo no sé si podré amar á mi tío.

—¡Cien tormentas! ¿por qué? ¿no es joven aún? ¡un hombre de costumbres tan morigeradas! ¿verdad, señor secretario? hasta hoy no se le ha conocido un solo desliz, un solo trapicheo. Decididamente nuestro casto José ha venido por equivocación á este mundo en nuestra época; debió haber nacido en los tiempos de Putifar; su nacimiento ha sido un anacronismo... ¿Verdad, señor secretario? Y á propósito, José llega mañana y dentro de ocho días quiero que os despose el cura de Villasol.

Yola se puso pálida.

—Eso no puede ser, se atrevió á decir el señor secretario, á quién maldita la gracia que hacía aquella boda.

—¡Cien tormentas! ¿por qué no puede ser, caballero?

—Porque Yola ha venido á tomar baños de mar...

—¿Y bien?

—Y no á tomar... esposo.

Yola dirigió una mirada de agradecimiento á su primo, el cual exhaló un suspiro de satisfacción.

—¿Y me hace usted el favor de decirme quién le da vela en este casamiento?

—En este entierro, querrá usted decir.

—¿Esto más? desde este momento queda usted exonerado del cargo de secretario. ¡Cien tormentas! ¡atreverse á subirse á las barbas! ¡eso es inaudito! ¡monstruoso!... ¿verdad, señor secretario?

—Lo que me parece monstruoso, lo que me parece inaudito, es que sacrifique usted la felicidad de Yola á un capricho estúpido; ¿cree usted que Yola pueda amar á su tío? ¿ha visto usted amores entre violetas y gusanos?

—¡Vaya con el mocito! ¿con qué calor lo toma! apuesto á que quisiera usted ser... el gusano.

—¡Don León!

—¡Cien tormentas! ahora mismo se va usted del hotel y de Villasol y de este planeta ó juro que le descuartizo. ¡Hola! ¿quieren ustedes oponerse á mis planes? ¡pues juro que Yola será de José... y tres más!

—¿Qué dices, papá? exclamó Yola, no pudiendo contener una sonrisa, á pesar de la gravedad de la situación.

—Digo que serás de José, aunque se opongan todos los secretarios de este esferoide subllunar.

Yola bajó la cabeza, el secretario salió de la habitación sonriendo sardónicamente y don León se quedó rugiendo como una fiera enjaulada.

Conversación en la terraza del *Royal Hotel*, de Villasol:

—Señores, ¡una noticia!

—¿De qué género?

—Amatorio.

—¿Fresca?

—Como la brisa del mar que acaricia sus dorados rizos, Clotilde.

—¡Adulador!

—Se trata de una boda...

—¿Aquí? ¿en Villasol? dijo una señora gruesa y desgarrada, moviéndose impaciente en su silla.

—Entre una mariposa y un abejorro...

—¡Apólogo tenemos!

—¿Quién es la mariposa? dijo la señora gruesa.

—Esa niña vestida de azul, que habita el hotelito de las acacias y que lleva hechas no sé cuántas muertes entre los hombres...

—¿Yola? la he visto una vez y no me parece tan linda. Ayer tuve un altercado con mi marido á propósito de ella. Mi marido dice que es encantadora. ¡Cuidado si tienen mal gusto los hombres!

—No hay más que verla á ella, dijo un maldiciente al oído del que tenía al lado.

—¿Y el abejorro? ¿quién es el abejorro? interpelló un juez de paz, que vivía en perpetua guerra con su mujer.

—Un caballero machucho que hace pocos días llegó al hotelito de las acacias y que es, según parece, tío de la chica.

—¿Conque Yola se casa con su tío? ¡qué lástima! suspiró un tenorio imberbe.

—A mí me han dicho que la muchacha tiene varios amantes, insinuó la señora gruesa, en tono confidencial; pero guardenme ustedes el secreto.

—Pierda usted cuidado, se apresuró á decir el juez de paz; á mí esas cosas me entran por un oído y me salen...

—Por la boca, concluyó el maldiciente.

Diálogo en el hotelito:

—¡Jesús! ¿tú en Villasol!

—Sí, Yola... ¿no me esperabas?

—¡Ah, Lisardo! sospecho que has cometido una imprudencia.

—¿Imprudencia llamas al deseo de desbaratar esa boda funesta? ¡ah! lo sé todo; sé que tu padre, sordo á tus ruegos, se empeña en casarte con don José, creyéndole un dechado de virtudes, y sé que ese odioso enlace va á consumarse dentro de breves horas en la iglesia de Villasol... es decir, debía consumarse, porque ya no se llevará á efecto.

—¿Qué dices?

—Tengo el hilo de una trama urdida por el secretario, y tengo algo que vale más: tengo fe en el éxito de su plan.

—No te entiendo...

—Ni hace falta; basta que sepas que no serás la mujer de ese monigote.

—¿Y quién va á impedirlo? ¡ah, Lisardo! no prolongues más mi ansiedad...

—¡Calma, Yola!

—Pero, ¿cómo has sabido que estábamos en Villasol?

—Por una feliz casualidad, la misma que me ha descubierto el plan del secretario.

—¿Y dónde está mi primo?

—En Villasol.

—¿Cómo! ¿ha vuelto?

—En compañía de una hermosísima joven y una niña...

—¡Dios mío! ¿más misterios? ¿quién es esa mujer?

—Mañana... tal vez hoy mismo lo sabrás. Y no es esto sólo... ¡ah, Yola! poco imaginas tú la noticia que te traigo...

—Explicáte, por Dios!

Un sirviente anunció que don León se acercaba.

—Vete, dijo Yola á Lisardo, y cuida que mi padre no te vea.

—Adiós... ¿me amas?

—Con alma y vida.

Y estalló un beso en los labios de los amantes.

Una hora después, don José, el tío de Yola, atravesaba la playa en dirección al hotelito, donde debía celebrarse aquella misma noche su boda con su sobrina.

Iba abstraído en sus pensamientos, que debían ser de color de rosa, á juzgar por la expresión de felicidad que animaba su rostro.

Don José no había notado que á poca distancia

de él un grupo de bañistas le estaba observando con atención, como para dar fe de lo que iba á ocurrir.

Y menos notó que formando parte de aquel grupo estaba su hermano, su presunto suegro, don León, cuyas contraídas facciones revelaban una preocupación profunda y seria.

Don José no veía más que á Yola, su encantadora sobrina, de cuya hermosura iba á ser en breve dueño, que era como posesionarse del cielo en la tierra.

De pronto una voz infantil y vibrante hirió su oído, exclamando:

—¡Papá!

Don José abrió desmesuradamente los ojos, miró delante de sí y no pudo contener un grito de espanto.

Ante su vista erguiase la hermosa figura de una mujer, en cuyas facciones notábanse las huellas de un profundo sufrimiento.

—¡Señora! dijo don José, con acento de duro reproche: ¿usted aquí?

—¿No me esperaba usted? exclamó la joven con amargura; vengo á ser testigo de su felicidad.

—¿De mi felicidad?

—¿Acaso no es una felicidad poseer el amor de un ángel? recuerde usted que esas fueron sus mismas palabras cuando, ébrio de pasión en mis brazos, se creía el más venturoso de los mortales... ¡Ah! ¡cuán poco duró aquella felicidad! ¡ah! ¡cuán torpe fui en no estrangular con mis manos al miserable que debía abandonarme indefensa al desprecio y escarnio de las gentes honradas!

—¡Por Dios, Margarita, huye!

—¿Huir? ¿por qué?

—Considera que tu vida corre peligro; mi hermano no podrá contenerse al verte, y...

—¿Y qué? prefiero mil veces la muerte, á esa vida de deshonra á que usted me condena. ¿Qué importa mi sacrificio, si con él salvo á mi hermana?

—¡Dios mío! ¿qué situación!

—¡Margarita! rugió la voz de don León, cerca del grupo; ¿no es ilusión de mis ojos? ¿tú aquí? ¿y esa niña? ¡cien tormentas! ¿qué significa tu turbación, José? ¡mil tormentas! ¿conque es cierto que fuiste tú el infame seductor de mi hija? ¡diez mil tormentas! ¡Y yo que te creía digno de los tiempos de la mujer de Putifar! ¿qué has hecho de tu castidad, José? ¿qué has hecho de mi honra, sátrapas? ¡un millón de tormentas!

Y tras de un rugido furioso, sonó un tiro y el seductor de Margarita rodó por la arena de la playa de Villasol...

Una semana después, en la terraza del *Royal Hotel*:

—¿Conque se ha verificado hoy la boda?

—Sí, señora; á cerremos tapados.

—Es natural.

—Pero todo se sabe.

—¿Y qué es lo que ha sabido usted, caballero?

—Pues nada, que la que se ha casado no ha sido Yola, sino Margarita, á quien parece que el tío... ¡ejem! ¿me entienden ustedes? ¡pero, señor! ¿qué historias tan escandalosas las de hoy día!

—¿De manera que Yola se queda soltera?

—No, parece que se casa con ese joven estudiante llamado Lisardo...

—Pero, ¿no se oponía á esa boda el papá de la chica? exclamó el juez de paz.

—Sí, pero Lisardo acaba de heredar á un tío millonario, y ¡qué quiere usted! al saberlo don León, el hombre se ha enternecido.

—Verdad que don José libró de una buena; al principio se dijo que don León le había muerto.

—Y era verdad.

—¿Cómo que era verdad? ¿se chancea usted?

—No me chanceo; cuando don León le disparó el revólver con tan mala puntería, don José cayó muerto...

—¿Eh?

—De miedo.

—¡Jesús! ¿qué cosas pasan en este mundo!

—Tiene usted razón, señora: lo que pasa en este mundo, no pasa en ninguna parte.

CASIMIRO PRIETO.

Enero de 1895.



LA GALLINA VIEJA

Una gallina coquetona y vieja, conteniendo su rabia, en son de queja dijole un día á su señor el gallo: —Que te relate mis tormentos deja, pues más no puedo y moriré si callo. Yo vine á este corral cuando era joven é ignoraba, por tanto, que en el mundo no existe amor profundo que el tiempo y las costumbres no nos roben.

En el instante mismo en que me viste, la roja cresta con orgullo erguiste, lanzaste un grito gutural... y luego con impetu terrible por lo ciego, olvidado de todo, á mi viniste; y la inocencia que al entrar traía deshízose como ante el sol la bruma al beso de tu pico, que se hundía en el montón sedoso de mi pluma. Te tuve desde entonces por mi dueño, y al ver el arrebató de tu empeño no pensé que un afecto de tal brio pudiera terminar en el desvío que da al placer la vaguedad de un sueño. ¡Inocente de mí! Poco ha durado un amor como eterno imaginado... Macho al fin, me mostrastes los rigores de tu loca inconstancia, que te inclina á obsequiar con halagos tentadores á toda hermosa y virginal gallina que entra en este corral de mis amores. Cosa que, es natural, me causa espanto, pues yo, como bien sabes, siempre ví en el amor el sumo encanto, y soy la más celosa de las aves. Vuelva, pues, á gozar de la fortuna y la sultana á ser del gallinero, que en éste no hay ni habrá gallina alguna que te quiera, señor, como te quiero. —Cansada y fastidiosa fué la arenga, el gallo respondió tras breve pausa. No hay gallina vetusta que no venga con tal dislate, á defender su causa. Oiga, señora mía, las razones que oponer puedo á la demanda suya, pues no está bien que la cuestión rehuya gallo que aprecie cresta y espolones. Nuestra madre común Naturaleza dióme, junto al amor por la belleza, constante juventud en mis pasiones; y así, pues, no es extraño que la gallina que mi afecto goza sufra el golpe fatal del desengaño cuando entra en el corral gallina moza. De mi afán no se asombre... Lo nuevo siempre atrae como el abismo... El gallo más filósofo es el hombre, y le pasa lo mismo... Y las que quejas traen tan peregrinas piensen en lo que hicieran si á este corral vinieran gallos, dulce señora, y no gallinas!

LUIS DE ANSORENA.



LA COMPOSICIÓN DE LA NOVELA



LA REVUE BRITANIQUE publicó un notable artículo de crítica literaria, original de Armando Palacio Valdés, del que traducimos los siguientes párrafos, opinión concreta del gran escritor hispano.

«La novela es un género comprensivo que participa á la vez del carácter del drama y de la epopeya y que á menudo penetra frecuentemente en los dominios de la poesía lírica. Gracias á esta amplitud singular, disfruta el novelista de una libertad prohibida á los escritores que se dedican á géneros más estrictamente determinados. Encuéntrase libre también, no sólo de las severas exigencias del lenguaje rítmico, sino de otras muchas trabas que la retórica dogmática ha multiplicado para el mayor tormento de los poetas épicos y líricos. La novela es, por lo tanto, refractaria á toda definición: es lo que el autor quiere que sea.

Es lógico que esta misma hermosa independencia agrave la responsabilidad del escritor. Cuanto mayor es la libertad que se le concede, tanto más indispensable es que su genio se preserve de desfallecimientos. Todo se le dispensa, menos la falta de imaginación. Tiene el deber estricto de no fatigar jamás al lector, de mantener despierta su atención, de envolver su espíritu en redes invisibles, para llevarle, sin que él lo advierta, al través del mundo soñado. Pero cuán raros son los novelistas que cuidan de satisfacer esta condición esencial de las composiciones novelescas. En vez de interesar al lector y de recrear su espíritu, parece, á menudo, que se proponen cansar su paciencia.

La composición es el escollo contra el cual más frecuentemente suelen chocar los novelistas. Ciertamente hay muchos capaces de apreciar lo bello ó de calcular el interés resultante de los contrastes de la vida, porque han recibido, como en dote, fecunda imaginación, penetración sutil y elegancia de estilo... En cambio, son muy pocos, en mi opinión, los que saben componer un libro. Y no porque la facultad de componer sea más rara ó más inaccesible que las otras, sino porque

los escritores no le conceden la importancia que aquella merece. Ciertamente día le preguntaron á Newton:—¿Cómo has logrado descubrir la ley de la gravedad?—Pensando en ella, respondió modestamente el sabio. Si los novelistas pensasen algo más en perfeccionar sus escritos, si se preocupasen menos de manifestar las cualidades que ellos se atribuyen y de hacer ruido en el mundo, yo creo que sus obras serían mejores y más durables.

Para que realmente fuese así, deberían ante todo reconocer que una novela es una obra de arte, cuya condición esencial es la armonía.

El artista no puede menos de encontrar esta armonía, cuando sabe limitar sus conceptos y condensar los tesoros de su imaginación, de modo que se les entrevea en la proporción y medidas convenientes. ¿Quiere esto decir que tal restricción deba proibir de la novela, la riqueza del asunto, la viva pintura de los pormenores, el sentimiento de los matices y esa finura de percepción que consiste en apreciar las más sutiles relaciones de la vida? Lejos de mí semejante pensamiento. Todo ello puede existir perfectamente sin perjudicar á la precisión de los contornos, siempre que el novelista comprenda la absoluta necesidad de la claridad y de la medida.

La belleza se encuentra eternamente expresada en la naturaleza, de una manera definida, clara y concreta. Lo mismo debe hallarse en el arte. Desgraciadamente, muchos artistas ignoran esta verdad. Creen que no precisando los contornos de su obra se emancipan de lo limitado de su ser finito y se aproximan á la grandeza y sublimidad de lo ideal. Hay en esto un error de óptica que les hace engañarse á sí mismos y engañar á los demás. Se repite constantemente que cada vez que aparece una de estas obras desproporcionadas, aparatosas y enfáticas, infiltradas de incertidumbre y de misterio ó desbordantes de aspiraciones simbólicas y místicas, tales, en fin, como la escuela romántica las ha producido á montones y tales como son casi todas las de los naturalistas, simbolistas y decadentes actuales, el público se siente profundamente turbado. Imagínase el lector, que más allá de estas brumas se oculta un secreto inefable, cuyo descubrimiento final le permitirá contemplar frente á frente el ideal eterno, y se apresura á contemplar el milagro. Mas, ¡ay! bien pronto retrocede, triste y desanimado, porque ha reconocido que toda aquella pompa cubría tan sólo el vacío.

La obra gigantesca se hunde prontamente en el olvido; en tanto las composiciones armónicas, claras y bien delineadas, como *La Odisea*, de Homero; *Las Siracusanas*, de Teócrito; *Hermann y Dorothea*, de Goethe, atraviesan siglos y siglos, sin perder nada de su primitiva frescura, reflejo inmortal de su universal belleza.

No pienso, en modo alguno, que esta armonía, tan esencial en la composición de la novela, equivalga á la simplicidad. Como se dice más arriba, la novela participa del drama y de la epopeya, más de la epopeya que del drama. No es, por consiguiente, absolutamente necesario que la acción de la novela marche directamente hacia su fin, sin desviarse jamás, como acontece en la composición dramática. No se prohíbe que avance con lentitud ni que á menudo se detenga, á la manera de lo que acontece en los poemas épicos, á fin de narrar ciertos episodios ó para describir países y costumbres.

Schiller preguntaba con mucha exactitud: «¿La acción constituye por sí misma el objeto del poeta dramático?» ¿Para el poeta épico (y lo mismo para el novelista) la acción es el medio de realizar un fin absoluto y estético? ¿Quiere saberse ahora cuál es este fin estético y absoluto que persiguen el poeta épico y el novelista? El mismo Schiller contesta con admirable claridad, en otra de sus cartas.

La misión del poeta épico—dice—consiste en hacer que aparezca toda entera la última verdad del asunto; solamente pinta la tranquila existencia de las cosas y el efecto producido naturalmente por ellas. Por esto nos complace que, en lugar de arrastrarnos precipitadamente hacia el término, se detenga en el transcurso de su relato. Si cumple con las leyes de la precisión y de la medida, su narración quedará clara y armónica, aunque se haya interrumpido alguna vez.

Nadie se atreverá á negar aquellas cualidades á *La Odisea*, *La Eneida*, *Don Quijote* ó *Gil Blas de Santillana*, á pesar de los episodios que en estas obras abundan. No debe confundirse la armonía de la acción, ni con la simplicidad de su marcha ni con la regularidad de sus divisiones.

Es algo más hondo y más intelectual, que debe surgir espontáneamente de la belleza del asunto y del equilibrio existente en las facultades del escritor.

No hay para qué decir que la libertad de activar ó de detener la marcha de la narración, queda subordinada á la necesidad de interesar, que en toda obra de arte equivale á una exigencia imprescindible. En la novela, como en la epopeya, los episodios deben tener un valor absoluto é independiente, ó, lo que es lo mismo, es preciso que ejerzan sobre el espíritu, la fascinación que produce la belleza.

Si se me permite formular, á propósito de la composición, una regla empírica (me parece imper-

tinente dogmatizar sobre este punto), diré que, en mi concepto, los episodios introducidos en una novela deben apartarse lo menos posible de la acción principal, y guardar con ella una relación, si no aparente, secreta por lo menos.

Son entonces, aquellos, tanto más dignos de elogio, cuanto más valor relativo añaden á su belleza, ya dando mayor relieve al carácter principal de la obra, ya acentuando lo que se llama *color local*, es decir, revelando al lector el lazo misterioso que une al hombre con la naturaleza y los caracteres de los sitios en que ésta ejerce su actividad.

Casi todas las digresiones intercaladas en el *Quijote* llenan las condiciones indicadas. Por el contrario, otros muchos novelistas españoles, como Mateo Alemán, Vicente Espinel, Vélez de Guevara, etc. nos fatigan grandemente por el abuso de interpolar en la narración principal, episodios desligados de ella, por no decir inspidos. Otros autores extranjeros, Richardson, Fielding, Dickens, Juan Pablo Richter, etc., han incurrido en el mismo defecto, no obstante la excelencia incontestable de sus obras.

Tal tendencia al *desparpamiento* está, justo es reconocerlo, considerablemente atenuada en la actualidad. En lugar de detenerse, como los escritores del último siglo y de la primera mitad del nuestro, á contar hechos secundarios, más ó menos distantes del acontecimiento principal, los novelistas contemporáneos prefieren ajustarse exclusivamente á la acción, conduciéndola á su término sin vacilaciones ni detenciones de ninguna especie.

Aquí debemos hacer constar que los escritores de raza latina, se distinguen entre todos, por su amor á la unidad, mientras los germanos y los eslavos tienen predilección por el exceso de variedad.

Los escritos de estos últimos se distinguen por su excesiva abundancia de ideas y de sentimientos. Puede admirarse en ciertas obras la asombrosa delicadeza de percepción con que se detallan las más sutiles revelaciones del mundo ideal. Son, sin embargo, inferiores á los latinos en punto á la composición. Para dar autoridad á esta afirmación, compararemos entre sí á dos autores que ya no existen.

El novelista ruso Dostofewski y el italiano Silvio Pellico, han contado ambos los sufrimientos de la cautividad que uno y otro sufrieron por causas análogas. El libro del primero, titulado *Recuerdo de la casa de los muertos*, es, sin contradicción, el más original: el sentimiento que en esa obra reina es quizás más profundo; la observación, incontestablemente más delicada.

En cambio, bien pronto se echa de ver que el talento de la composición falta al autor, y á pesar de sus brillantes cualidades, este libro no se lee sin algo de cansancio. La obra del escritor italiano, que tiene por título *Mis prisiones*, está escrita con pluma menos vigorosa, pero más segura, más elegante y mejor equilibrada.

Tan perfectamente compuesta está, que ocupa un puesto entre los libros clásicos y es leída con verdadero deleite en todos los países del mundo.

Existe relación estrecha entre la composición de una novela y su extensión, por la razón sencilla de que es punto menos que imposible componer una obra de una extensión exagerada.

A primera vista podrá parecer insensato asignar á una obra poética límites materiales y contener el vuelo del artista; pero mayor locura sería escribir narraciones desproporcionadas, porque esto no sirve generalmente para otra cosa que para poner al descubierto la presunción de los autores, y, lo que es peor, para demostrar su debilidad.

La preocupación de escribir mucho denuncia el prurito de mostrar vigor y fuerza, sin recurrir á los medios corrientes, puesto que la única manera de probar esta fuerza consiste en apoderarse del asunto, dominándolo enteramente sin perder jamás el perfecto dominio de sí mismo. De igual modo la exaltación mental que puede en ciertas circunstancias engendrar actos de valor y de heroísmo, y en el orden intelectual inspirar rasgos felices, no indica, en modo alguno, según dicen los médicos, una fuerte organización del sistema nervioso, sino, por el contrario, delata una compleción débil y enfermiza.

El autor que no se inquieta por la excesiva longitud de su libro, se expone á que su obra pierda en intensidad lo que gana en extensión, porque no hay asunto alguno que no pueda y no deba ser desarrollado con medida. El *Ramayana*, *La Ilíada* y *La Odisea*, y tantas otras epopeyas que reflejan civilizaciones enteras y que contienen cada una un mundo de ideas, de costumbres, de hechos y documentos científicos é históricos, no tienen tantas páginas como muchas novelas modernas. De otra parte, si un escritor desea ser leído durante su vida y aun después de su muerte (y el que no acaricie este sueño debe arrojar la pluma), no debe desconocer, so pena de que su vanidad le haya dejado ciego, que el único medio de librarse del olvido es producir una obra excepcionalmente bella. Poco importa su dimensión, más ó menos reducida. Cuenta el mundo tantas y tan bellas obras, que para conocerlas todas es menester ya larguísima vida. Inútil y ridículo es exigir del público que lea libros interminables antes de

que se gaste su novedad, cuando tantos otros reclaman con mejor título el tiempo y la atención de los lectores.

No pretendemos erigir esta creencia nuestra en principio absoluto, puesto que bien puede ocurrir que aparezca una obra cuya longitud ó brevedad no la impida ser leída de generación en generación; nos referimos únicamente á la producción ordinaria. Si se quiere un ejemplo notable de la afirmación que precede, nos lo suministra el célebre novelista inglés Richardson. El autor de *Clarissa Harlowe* y de *Pamela*, que reúne á un genio admirable, á una sensibilidad exquisita y á una penetración extraordinaria, la gloria de ser el padre de la novela moderna, apenas es leído actualmente, por lo menos en los países latinos.

Si se tiene en cuenta la incontestable belleza de sus obras, se convendrá en que este abandono es solamente hijo de su proligidad. Prueba de ello es que en Francia y en España se han hecho extractos ó resúmenes condensando las partes interesantes de dichas obras. Semejante procedimiento es una verdadera profanación. Sin embargo, eso es á lo que se exponen los escritores que no saben ó no quieren emplear con moderación las facultades felices con que la Naturaleza los dotara.

A. PALACIO VALDÉS.

lucioso. Parecía que hasta el régimen y las condiciones ordinarias de la vida tenían que modificarse ante la invasión infantil. Los niños se hacían sentir en los hogares, en las calles, en todas partes. Es que entonces había realmente niños.

Hoy, la salida á vacaciones no tiene más animación que la que le dan las familias mismas, los adultos. Los niños no se hacen sentir, porque no hay, en realidad, niños. De los colegios y hasta de las escuelas primarias sale una multitud de cuerpos gastados, débiles, enfermizos, que dan á los rostros una expresión melancólica. Basta pararse á la puerta de un colegio ó de una escuela, á la hora de salida de clase, para formarse idea cabal de lo que es la infancia de hoy: una infancia anémica, neurótica, sin vigor en el cuerpo, sin alegría en el espíritu.

El alcoholismo está aniquilando nuestra raza, con sus estragos entre los adultos: ¿no sería tiempo de pensar si la escuela no la aniquila muy eficazmente, también, hiriéndola de parálisis y de muerte desde la infancia?

Es un hecho que el régimen y los programas escolares que tenemos son detestables, aún diríamos odiosos y criminales. Se le enseñan al niño una multitud de cosas, la mayor parte inútiles, y para ello se le impone un esfuerzo brutal de nueve horas diarias. Todos los médicos y todos los higienistas están de acuerdo en que no es posi-

do, sino para que se dé examen de todo, y para que después de rendido el examen, se olvide al día siguiente. Y como entre nosotros no existe la libertad de enseñanza, y como hay que unirse al yugo de la dictadura universitaria, los colegios particulares tienen que hacer lo mismo.

«En tales condiciones,—dice un distinguido médico francés, el Dr. Levillain, hablando de las enfermedades nerviosas que ocasiona el recargo escolar,—en tales condiciones, la instrucción se adquiere á costa de la vida misma; el cerebro se fatiga y se agota, y de ello se resiente el desarrollo físico del cuerpo todo. No hablamos en este momento sino de los inconvenientes de semejante régimen desde el punto de vista del sistema nervioso; pero si al recargo intelectual con sus desórdenes nerviosos se añaden las condiciones desastrosas de la sedentariedad, de la inmovilidad prolongada en una misma posición, de la falta de aire, etc., se explicarán todos los accidentes que provienen del recargo escolar: miopías, deformaciones de los huesos, perturbaciones de la digestión, insuficiencia del perímetro torácico que imposibilita á tantos jóvenes para el servicio militar, y por consiguiente, la disminución de la capacidad respiratoria, que engendra, progresivamente, la anemia y muy amenudo la tuberculosis».

Y más adelante agrega: «Los efectos de este recargo pueden ser más desastrosos todavía: los

REPÚBLICA O. DEL URUGUAY — MONTEVIDEO



GRUPO DE «INTERNATIONAL CRICKET MATCH»
(Fotog. Fitz-Patrick)

DE CHILE

LAS VÍCTIMAS DE LA ESCUELA



CIERTOS estamos de que en los recuerdos de infancia de nuestros lectores, la temporada actual,—la temporada de vacaciones,—surge risueña y bulliciosa, como una gran apertura de jaulas de las cuales se escapasen alegres y cantando millares de pájaros.

La clausura de los colegios y la salida de los estudiantes á vacaciones se hacía sentir en todas partes, porque á todas partes llevaban ellos gritos, juegos, carreras, un movimiento insólito y bu-

ble exigir á un hombre,—á un hombre formado y robusto,—más de siete horas de trabajo intelectual al día. En todos los pueblos civilizados se ha ido normalizando el trabajo de los obreros, trabajo material, hasta reducirlo á ocho horas diarias.

A los niños, sin embargo, en la edad del desarrollo, en medio de las crisis morales y físicas más delicadas, más intensas y más decisivas, se le imponen nueve horas de trabajo intelectual por día. Francamente, eso es cruel, y, al mismo tiempo, estúpido.

Llegad á un colegio, entrad en una clase ó sala de estudio, y abrid el cajón en que el alumno guarda sus libros. Encontraréis textos de castellano, de inglés, de francés, de álgebra, de física, de química, de historia natural, de literatura, de historia política, de astronomía, y de algunas cosas más. Todo se enseña á un tiempo, todo revuelto, todo mal, pero recargando al niño, extenuándolo, matándolo.

Los programas oficiales exigen todo eso, no para que se aprenda todo, porque ello sería absur-

alienistas han hecho notar la proporción considerable de institutores, y sobre todo, de institutrices, que entran á los asilos de insanos, á consecuencia del agotamiento nervioso que resulta de un trabajo intelectual exagerado».

En resumen, la escuela, tal como hoy está organizada, forma generaciones cloróticas, anémicas, tuberculosas, neuróticas, inhábiles para la lucha por la vida. La instrucción, adquirida á ese precio, resulta excesivamente cara, es más bien un azote. Y lo peor es que, después de tantos suplicios, y en pos de deformar y aniquilar la juventud, no se adquiere siquiera la instrucción. El niño á quien se le enseñan en el espacio de poco tiempo treinta ó cuarenta ramos, no aprende ninguno. Muchos de esos ramos, lo repetimos, han de serle después completamente inútiles para la vida, casi todos son propios de especialidades, bastante, cada uno de ellos, para ocupar separadamente la vida entera de un hombre.

Hace algún tiempo se estudió detenidamente en Francia, á la cual imitamos nosotros, este interesante problema. La Academia de Ciencias comi-

sionó a algunos de sus más distinguidos miembros para que informase acerca del régimen escolar; (1) y en vista de esos informes, resolvió llamar la atención de los poderes públicos hacia la necesidad de modificar, conforme a las leyes de higiene, el régimen de los establecimientos de enseñanza. Con este objeto pidió: 1.º, la instalación en el campo de colegios y liceos de internos; 2.º la creación de locales espaciosos para recreos y salas bien aeradas y alumbradas para los estudios; 3.º, la simplificación de los programas; 4.º, el aumento de la duración del sueño; 5.º, la disminución del tiempo consagrado a los estudios y aumento del que se dedica a juegos de ejercicios; y 6.º gimnasia en todos los años.



UN SOLO DE CITARA



ERO, hombre, al fin de cuentas Carlos era un excelente muchacho..... sin vicios, salvo su *temple furibundo* con la Juanita.

—Pero era

tan corto de genio.

—Precisamente eso lo perdió.

—¿Cómo así?

—¿Ignoras la causa de su suicidio? Creí que sabías aquello del concierto y del solo de citara.

Casualmente esa fiesta se efectuó en la noche que separa el año viejo del nuevo año.

—Entre paréntesis ¿cuánto tiempo hace que se suicidó?

—Va a hacer un año.....

Recuerdo que se habían hecho muchos preparativos para la velada..... Es decir, no tanto por lo que respecta a ensayos, como al tocado de las damas.

La Juanita, sobre todo, se aprestaba, con su simpática viveza juvenil, a dar golpe y a remachar las cadenas con que tenía perimaniatado al pobre Carlos.

Nuestro amigo iba a tocar un solo de citara:

El sueño del cazador.

Yo debía recitar el inevitable *Idilio* de Núñez de Arce..... con ayuda de pastillas de clorato, porque estaba un poco afónico y ronco.

Si supieras lo a pecho que había tomado Carlos la ejecución de su pieza.

Recordarás que se tenía por un músico eximio, por el primer citarista de Chile, y que para él no había en el mundo nada más importante que su Juanita y su arte.

Yo casi no comprendo que una persona llegue a enamorarse tan frenéticamente de ambas diversiones.

Es verdad que era ese el primer amor de Carlos. Es cierto, además que la chiquilla sabía jugar sus grandes, negros y sombreados ojos con admirable coquetería. Pero, ¡cuestión de apreciaciones! opino que una pasión como la de Carlos era indicio de poco equilibrio mental.

Recuerdo con cuanto énfasis hablaba de su triunfo, del concierto, de la ovación que se le preparaba, de las auras tenues, vibrantes, armoniosas y eólicas que arrancaría a su citara!

Y ella iba a presenciar su éxito, a cuyos pies deponía los laureles de la velada! A los pies de la reina del estrado!

Pero, observemos.

Llegó la temida hora. Carlos estaba tan nervioso é inquieto, que, a fin de evitarle un deslucimiento delante de su *prenda* que, con su primorosa *toilette*, radiaba como una aurora, me decidí a inducirle a quebrantar sus propósitos de templanza y a beber una copita de coñac.

Carlos se resistía al principio, pero después, cedió, y a una copa siguieron dos.

El número 5 del programa —murmuró una voz por ahí, é incontinenti, salió Carlos manifestando, en sus ademanes, algo extraño, que al principio atribuímos al temor inherente a un *debut*, como dicen en el *Ki-Ki-Ri-Ki*.—En pos de Carlos se escurrió la mesita con la citara.

(1) Y aquí también —(N. de la R.)

Empezó el pobre muchacho a afinar, y después de un rato de silencio, prorrumpió en los primeros acordes de *El sueño del cazador*. Tocó bien el *allegro*; pero al llegar al *andante*, empezó a inclinarse y a plegar los párpados, hasta que...., topó la cabeza en las cuerdas, y empezó a dormirla y aun a roncarla!

El público rió al principio creyendo que la pieza tenía su parte mimica. No así la Juanita que se entristeció al punto por ello. ¡Conocía tanto *El sueño del cazador*!

Se cuchicheaba por ahí, «el cazador cazó una mona», la bulla cundía, todo el mundo se burlaba en voz alta del temperante, del corto de genio; y Carlos, duerme que duerme.

Fué necesario remecerlo y sacarlo del tablado casi a viva fuerza para que la Carolina Sanguen pudiera cantar su aria de *Lucia*, número siguiente del programa.

A Carlos se le condujo, como era natural, a su domicilio.

Pero, aquí empiezan las consecuencias graves del solo de citara.

Al despertar al día siguiente, primero de enero,



REPÚBLICA ARGENTINA — VISTA DE LA «ESTANCIA SAN JUAN»
(Fotog. del Dr. F. Ayerza)

principió a rememorar algo confuso que embargaba su fantasía como una niebla densa.

¿Y el concierto?—se preguntó súbitamente con ademán nervioso y mirada epiléptica.

¿Y Juanita?—prosiguió.

Se apretó la cabeza, como queriendo comprimir el bullicio de las efervescentes ideas que la asaltaban.

En esta actitud lo sorprendió una comisión de camaradas alborotados, entre los cuales se contaba Pedro Sanguen, otro pololo de la Juanita; quienes, en medio de risotadas y pullas, le contaron su extraordinario éxito, agregando Perucho con malicia, que la que mas se había reído era la *muchacha*.

Carlos, al escuchar la relación de su fracaso, tan ridículo como inesperado, dobló el cuello, se quedó pensativo, y pidió a sus amigos que lo dejaran dormir.

Se retiraron.

Carlos, casi no vaciló. Empuñó su Smith Wesson, sonó una detonación y de su perforado cráneo salió la abundante sangre roja, la que había estado oprimiéndole las células grises, abultándo-

le la ridiculez de su situación, la falsía de su idolo, é induciéndole a eliminarse de la gran comedia humana.

V. F.



LA MACETA DE JACINTOS



AMÁS dejaba de pasar una noche, antes de retirarse a su buhardilla, después de su diaria labor de costura en casa de la Marquesa, por delante del escaparate de aquel establecimiento de flores y plantas.

Aquel bosquecillo metido en un salón rodeado de espejos, circundado de luces, en pleno centro de Madrid, seducía a la pobre costurera. ¡Qué follaje tan lustroso! ¡Qué flores tan lindas! Sofia hubiera querido vivir allí, respirando atmósfera de perfumes, meciéndose en la hamaca de una azucena, haciendo vida de mariposa.

En medio de las arideces de la población madrileña, era aquello un oasis.

Llegaba allá con el pecho oprimido de tenerlo encorvado todo el día sobre la aguja, y al primer sorbo que bebía, con la boca abierta, de aire embalsamado, sentía que se le ensanchaban deliciosamente los pulmones, se le desenturbiaba la vista, se le aligeraba la cabeza, todo su ser bañábase en un fluido sutil de bienestar inefable.

—¡Si yo fuera rosa! —exclamaba.

No tenía para qué desearlo. En belleza, frescura y rozagancia, nada podía envidiar Sofia a flor alguna. A su cuerpo, cubierto de percal, sólo faltaba la vestidura de seda de las divinas corolas de jardines y campos.

De la contemplación obstinada, pasó al deseo furibundo. Aquellos elegantes tiestos, coronados de aterciopelados y olorosos penachos multicolores, fueron pronto su pesadilla. Ibasele el alma tras de todos ellos, pero especialmente pegábasele como la hiedra, a una soberbia maceta de jacintos.

De la lisa y blanca cebolla al descubierto, y que parecía de plata mate, surgía, con la esbeltez del junco, el tallo de florecillas rojas, formando apiñada cúspide, semejante a una espiga de coral.

—¿Por qué no habría de ser mía? —murmuraba la joven, en un arranque de codicia femenina.

Pero miraba el cartelillo adherido a la esmaltada maceta de fino barro, y leía una cifra enorme de pesetas, un dineral para ella, el producto de un mes de trabajo, de pérdida de sus hermosas pestañas, de picotazos en sus dedos rezumantes de sangre.

Una noche, al terminar su costura, oyó decir a la Marquesa:

—Sofia, quiero adornar mi salón. ¿Me acompañas a comprar flores?

Para Sofia era como si la hubieran preguntado: «¿Vienes conmigo al Paraíso?»

Fueron. Allí, estaba, como siempre, terriblemente fascinadora la maceta de jacintos. Todas las otras flores palidecían a su lado ante los ojos de la costurera.

El gusto de la Marquesa saltaba de una en otra maceta, indecisa de su elección. Mas cuando consultaba el parecer de Sofia, ésta entestaba invariablemente:

—Los jacintos. Yo, con seguridad, me llevaría los jacintos.

Y la maceta de jacintos fué elegida al fin y colocada sobre el apoyo de mármol de la chimenea: en el salón de la Marquesa.

Desde ese día pudo Sofia contemplar a su sabor aquel sueño perfumado suyo. Con cualquier pretexto soltaba la costura y corría, a escondidas, a recrearse en la adorada maceta. Aspiraba su olor con embriaguez, por las narices, por la boca, por todos los poros de su cuerpo.

Contaba los pétalos, tocábalos con dedo amoroso, los besaba como se besan los labios de un niño dormido.

Aquellas florecillas de color de fuego ardían constantemente en su retina, la habían atravesado

el corazón como una espada. Entablaba con ellas diálogos apasionados.

—Aquí estaréis muy bien, no lo dudo—les decía. —Pero estaríais mejor en mi casa. Es cierto que os hacen aquí compañía muebles lujosos; que presidís tertulias de damas finas y pollos elegantes; que para vosotros nunca es de noche, pues cuando se apaga el sol, enciéndese, suspendida del techo, la araña de bujías transparentes, de matices de marfil, de rosa y de violeta. No desconozco nada de esto. Tampoco niego que en mi buhardilla no hallaríais el sofá de seda, el concurso de gente atildada, la constelación de luces de que disfrutáis ahora. Mas gozaríais, en cambio, del aire libre de mi ventana, de los gorios de mi jilguero, de las ternuras de mi cariño... Hablad, ¿queréis venir conmigo?

Y las flores de jacinto, parecían contestarle:

—Sí.

Sofía Sofia otras veces, decirlas:

—Oid. Aquí nadie os mira, nadie os habla, nadie se acuerda de vosotros. Si por mí no fuera que os miro, os hablo y os tengo siempre en la memoria, dudaríais de vuestra existencia. No sois ahí, sobre esa chimenea, sino un mueble más, un ornato, acaso el más pobre, porque es el que ha costado menos de este salón suntuoso. Pues bien: en mi guardilla seríais lo que es el sol para la tierra, la luz, la vida, la alegría. Ni amo, ni soy amada de nadie. Gusté a quien no me gustó. Y yo gusto de seres que están por encima de todos los gustos. Mi gusto revela ciertas delicadezas que no engranan en la afanosa maquinaria de mi vida pobre... no sois un capricho, sino una pasión mía. Conmigo llegaríais a ser una persona; seríais mis amores únicos. Y a mí ¿me queréis vosotras?

Y las flores de jacinto, con un susurro levisimo, con un soplo de ala de mariposa, respondían a la muchacha:

—Sí.

Finalmente, Sofia acostumbraba en otras ocasiones a dirigirle estas palabras:

—Amadme, porque os amo. ¡Qué hermosas sois! ¡Qué aliento tan perfumado el vuestro! ¿Qué cuidados os faltarán? Ninguno. Yo os sacaré a la ventana de mi guardilla para que respireis el aire fresco de la mañana, empapado de aromas de la vecina sierra, bañada en la suave luz de la aurora, vibrante de los cantos matinales de las madrugadoras aveciellas. En las horas del calor os pondré a la sombra, en el rincón más resguardado de mi aposento, donde cuchichearemos en silencio como dos amantes; os regaré por las tardes, después de la ardorosa siesta; os regaré con buche-ritos de agua cristalina, y os regaría, si fuese necesario, con sangre de mis venas. Yo os removeré la tierra, la tamararé entre mis dedos, la purgaré de cuanto pudiera lastimar vuestras raíces, la mulliré con mi lecho. ¿Qué más puedo hacer? Decidlo, y os obedeceré volando. ¿Os venis conmigo?

Definitivamente, replicaron esta vez las flores:

—Sí, sí, sí. ¡Llévanos!

Y Sofia, como quien roba un tesoro, arrebató aquella noche la maceta de jacintos, llevándosela, no se sabe cómo, a su casa.

Cumplió la costurera con creces cuanto había prometido a las flores. Las regaló como se regala, obsequia y agasaja a un sér adorado.

Tres días estuvo sin ir a coser a casa de la Marquesa. Quiso vivir en la soledad, gozando la posesión de su sueño. Fué egoísta como un niño con un juguete nuevo. El placer aquel tuvo mucho de luna de miel. Olvidóse de todo, para no acordarse sino de sí misma y del objeto que calmaba sus ansias y satisfacía su capricho.

Pero pronto sintió miedo. Dos ideas, dos hechos se juntaron en su cerebro, para martirizarla, para arrojar una llama del infierno en medio de sus glorias. Su ausencia de casa de la Marquesa y la desaparición de la maceta de jacintos eran de una coincidencia abrumadora.

—Si descubren que he sido una ladrona, ¿qué va a ser de mí? ¡Me mato!

¡Ladrona! ¡ladrona! Esta horrible palabra sonó con espanto en los abismos de su alma. Si se averiguaba su robo, ¿cómo volver a aquella casa donde la esperaba el remordimiento? No volvería, no.

Y con esta resolución, que equivalía para la pobre costurera a una sentencia de muerte, ó un largo calvario de miserias, pensó Sofia acallar por el pronto el grito de su tormento.

Pero no. Pasó los días y las noches intranquila, sin apetito ni sueño. Todo paso que se escuchaba en la escalera la hacía saltar el corazón de susto. Y recogía la maceta de la ventana y la escondía en la alcoba, detrás de su lecho. Aun no la había olvidado; pero ya no la acariciaba tanto. Vagamente, allá en un rincón tenebroso de su espíritu, empezaba a formularse un deseo: el de separarse de ella. Más, carecía de voluntad para llevar a cabo este sacrificio. Los sudores, las angustias, los insomnios que la habían costado, hacíansele muy querida, ligábanla a ella fatalmente, misteriosamente, indisolublemente, como con cadena de hierro, como el asesino con su víctima.

Cayó realmente enferma. Apenas se levantaba de la cama y daba cuatro vueltas, preparándose el fementido alimento que le permitía tomar su inapetencia, cuando tornaba a acostarse.

Una vez permaneció todo el día en el lecho. Y debajo, la maceta de jacintos. La habitación

yacia herméticamente cerrada. El aire que penetraba por las rendijas de la puerta, parecía a Sofia que podía ser un delator de su crimen. Hubiera deseado estar oculta en el olvidado hueco de una tumba.

Y otra vez la idea de la muerte se posesionó de su cerebro. Y, con efecto, sentía algo así como un desfallecimiento precursor de la última hora. Sus pulmones respiraban con trabajo. Su sangre circulaba suavemente, entibiando apenas la piel. Era indudable que allí flotaba una atmósfera de asfixia.

Luego se le fueron borrando, enmarañando todas las ideas, convertidas en sutilísimo vapor que se desvanecía, llevándose el pensamiento y la vida. Los ojos no vieron sino brumas. Se le desmayó todo el cuerpo. Al fin ya no supo, ni vió, ni sintió nada, absolutamente nada.

¿Murió?

No. Cuando despertó de aquel sueño de muerte, reconoció a su cabecera a la doncella de la marquesa.

¿Cómo se encontraba en aquel sitio? ¿Por dónde había entrado allí? ¿Quién la había llamado?

—Viendo que tardabas tantos días,—refería la doncella a Sofia,—me mandó a buscarte la marquesa. Llegué, llamé, te di voces. ¡Nada! Acudió la vecindad. Nadie te había visto salir ni entrar. Todos temimos una catástrofe. Se buscó un cerrajero, se abrió la puerta, y te encontramos desmayada, casi muerta en la cama. Vino un médico, y declaró que habías estado a punto de perecer asfixiada.

—¿Asfixiada? — preguntó Sofia haciendo memoria.

—Sí, asfixiada. ¡Y bien empleado te hubiera estado! ¿A quién se le ocurre meterse debajo de la cama una maceta de flores?

Sofia se puso aún más pálida que estaba.

Con voz vacilante se atrevió a preguntar:

—Y ¿dónde está?

—La maceta? Se la ha llevado una vecina.

—¿Trámela.

—¿Para qué?

—Para dársela a la marquesa.

—La señora no necesita macetas tuyas. Al contrario. Anteayer, que fué su día, recibió muchísimas de regalo. Al ver una de jacintos, creo que era de jacintos, yo no estoy muy fuerte en flores, se acordó de ti y dijo que pensaba regalártela, pues estabas deseosa de estas flores. ¿Es cierto?

—Me son indiferentes,—repuso Sofia.

Y luego, añadió con voz ahogada:

—Creo que... una maceta... también de... jacintos había sobre la chimenea del salón.

—¡Ah! sí; pero...

—¿Qué?

—Según parece, la rompieron los niños. La señora preguntó por ella una vez y no se ha vuelto a acordar. ¡Crees tú que la marquesa se ocupa de esas pequeñeces!

Sofia suspiró. ¡Qué pequeñez tan enorme se le había quitado de encima!

Alzó los ojos al techo y rompió en llanto.

JOSÉ DE SILES.



LA CASA VACIA



Victor Duramé y su mujer acababan de cenar. En el fondo de la habitación dormía en una cuna un niño, que quince días antes había sido bautizado con el nombre de Carlos.

Victor y Teresa se habían casado un año antes, y Duramé, al morir su padre, heredó un pedazo de tierra y la casita en que vivían.

Se oyó el llanto del niño y Teresa se acercó a la cuna; tomó en brazos al pequeñuelo y le dió de mamar.

Tras de un prolongado silencio se oyeron pasos fuera de la casa; la puerta se abrió bruscamente y entró un hombre: un caballero que llevaba un lio en los brazos. Se detuvo en el centro de la reducida habitación, y examinó con rápida mirada a los dos esposos y al niño.

—¿Sois los Duramé? — preguntó.

Victor, algo inquieto, vaciló antes de contestar; pero Teresa respondió sin detenerse.

—Sí, señor; nosotros somos.

El desconocido se acercó a ella y dejó sobre sus rodillas un bulto cubierto con una sábana.

—Desdoblado — dijo el hombre, sonriendo — es un niño, un muchacho como el vuestro: con este tendréis dos, si lo aceptáis.

Teresa permaneció inmóvil y callada; pero como el desconocido insistiese, desdobló la sábana y apareció un niño que se puso a llorar al sentir el frío. Teresa, maquinalmente, aplicó la criatura al otro pecho y el rapazuelo chupó con afán.

El hombre exclamó con voz triste:

—¡Ya lo veis! Se va acostumbrando: olvida a su madre.

El desconocido calló y durante algunos minutos contempló aquella escena con los ojos humedecidos.

—Seré breve—dijo al fin,— porque no tengo tiempo que perder. He sabido que sois pobres jóvenes, honrados y trabajadores, y por eso os he buscado. Tenéis un hijo, ¿queréis el mío? He aquí las condiciones: todos los trimestres, a partir desde hoy, iréis a Fecamp y cobraréis trescientos francos, que os entregará el notario M. Loisel; llevaréis siempre el pequeñuelo, ¿lo entendéis? siempre con él; porque si no lo lleváis, no os entregarán ni un céntimo. Le educaréis como al vuestro, los enviaréis juntos a la escuela y más tarde a un colegio; si os conviene, en este caso, el mismo Mr. Loisel pagará todos los gastos; y, por último, cuando llegue a la mayor edad, se le enviarán veinte mil francos para que se establezca. En cuanto a mí, no volveréis a verme jamás. ¿Estáis conforme?... Ahí va un trimestre adelantado.

Y puso el dinero sobre la mesa.

La vista de las monedas de oro dejó aturdidos a los esposos. Duramé balbuceó:

—Conforme, caballero, conforme y Teresa también.... Cuidaremos mucho al niño.... Teresa es robusta.... Partid tranquilo.

El desconocido se inclinó sobre su hijo y le besó con ternura.

—Le llamaréis Marcelo — dijo al incorporarse. Y sin añadir una palabra más se alejó precipitadamente.

Cuando trascurrió el primer trimestre, los Duramé dejaron un día a su Carlito al cuidado de una vecina. Teresa cogió a Marcelino en brazos y ambos esposos se pusieron en camino para Fecamp, ansiosos de ver el resultado de su visita.

Mr. Loisel les acogió muy afectuoso, examinó detenidamente al niño, hizo muchas preguntas respecto a su salud, y por último, les entregó tres billetes de cien francos.

Victor firmó un recibo y se guardó el dinero.

Los esposos Duramé fueron prosperando, y sus tierras, mejor cultivadas, dieron mayores cosechas. Los dos chichuelos iban creciendo, gordos, fuertes, mofletudos. Teresa atendió lo mismo al uno que al otro; pero quizás cuidaba más a Marcelo, que representaba el bienestar de su familia; todo un porvenir tranquilo y sin necesidades.

Pero un día....

Victor estaba llenando un saco de patatas, cuando se oyeron gritos desgarradores en la cocina. Duramé corrió, encontrando a Teresa que se agitaba para salir debajo de la alacena que se había caído encima.

Victor levantó a su mujer y puso en pie el mueble; pero entre los platos rotos vió una cosa informe; se bajó para examinarla y.... ¡qué horror! Era el pobre Marcelo, con la cabeza destrozada y muerto en medio de un charco de sangre.

Duramé retrocedió, mudo de espanto y con los ojos desmesuradamente abiertos.

Sus labios, agitados por un temblor nervioso; murmuraron:

—¡Desdichados!.... Todo lo hemos perdido!

Teresa lloraba en un rincón pensando en su renta, su bienestar eclipsado, en sus economías evaporadas... ¡Deudas tal vez el día de mañana!

Teresa se levantó apresuradamente.

—Voy a buscar quien se encargue de enterrar este cadáver,—exclamó.

Y se dirigió hacia la puerta.

Victor corrió y la detuvo, cogiéndola por un brazo.

—Espérame un instante.... Creo que tengo una idea.

Detúvose Teresa, asaltándole tal vez, el mismo pensamiento de su marido.

De pie y en un rincón hablaron en voz baja los dos esposos.

Cuando el mozo de labranza volvió de sus faenas, encontró a Teresa arrodillada junto a la cuna y llorando, con la cabeza entre las manos.

—¿Qué ocurre? — preguntó el gañán.

—¡Mi hijo!.... Mi pobre hijo muerto! Maldita sea la alacena, que le ha destrozado la cabeza!.... ¡Cuando podía haber caído encima del otro!.... ¡Del extraño! De Marcelo.

Al día siguiente, Victor fué a la alcaldía y presentó por escrito declaración de la muerte de su hijo legítimo, Carlos Pedro Duramé, de edad de diez meses.

Los esposos continuaron sus viajes trimestrales a Fecamp. La primera vez que vieron al notario, después de la muerte de Marcelo, Teresa pellizcó al chichuelo, que se puso a llorar desesperadamente, y Mr. Loisel, aburrido, los despachó a toda prisa para que se marcharan cuanto antes.

Durante muchos meses, cuando cualquier vecino iba a visitar a Duramé, se llevaban precipitadamente a Marcelo—asi llamaban a su hijo—a otra habitación cuya puerta cerraban con llave.

Nadie notó aquella sustitución de criaturas.

Los Duramé siguieron viviendo ricos y felices;

mejoraron y aumentaron las tierras; triplicaron el número de animales para la labranza y el acarreo de frutas y Víctor llegó a ser uno de los mayores hacendados de la comarca.

En cuanto Marcelo tuvo edad para ello lo llevaron al instituto del Havre, donde estudió con provecho, y cuando obtuvo el título de bachiller regresó a Frobeaville, al lado de los Duramé.

Era un gallardo mozo y Víctor y Teresa le miraban con énfasis.

El, por el contrario, les dispensaba una benevolencia algo desdeñosa. Los consideraba como una buena gente, como unos toscos campesinos, que le habían criado, y a los que todavía llamaba, por costumbre, mamá y papá, pero a cuyo lado no creía permanecer mucho tiempo. Soñaba en alguien a quien en voz baja llamaba su verdadero padre y en una familia que encontraría seguramente en alguna parte y cuando menos lo pensara, sintiendo, en su orgullo, instintos aristocráticos.

Un día vió Marcelo un coche que se detenía frente a la puerta de hierro de la finca. Un hombre bajó del vehículo y se dirigió hacia la casa.

Los esposos Duramé se pusieron en pie al verlo.

—¿Qué es eso? —dijo alegremente el recién llegado. —¿No me reconocen ustedes?

Y sin esperar respuesta se dirigió al joven. A quien desde el primer instante contemplaba con cierta emoción.

—¿Eres tú, Marcelo?

Este, sorprendido, respondió:

—Sí.... Yo soy, señor.... señor....

—Mr. de Berville, tu....

Un grito le interrumpió. Era Víctor que juraba:

—¡Dios mío!.... ¡Es el padre!.... ¡Cómo si lo viera; es el padre!

Y se puso a temblar, al mismo tiempo que se abrían con espanto sus ojos.

Teresa murmuraba:

—¿El padre, el padre?

Y después, apostrofando al recién llegado:

—¿Qué venís a buscar aquí? ¿Qué pretendéis de nosotros? ¿No nos dijisteis: «No me volveréis a ver jamás?» ¿Por qué habéis vuelto?

El hombre contestó sencillamente.

—Vengo a buscar a mi hijo Marcelo, y creo que Marcelo no se negará a seguirme.

Marcelo se quedó inmóvil, presa de una timidez extraordinaria. Había soñado una escena más dramática: un reconocimiento como los que se ven en las comedias.

Pasados los primeros momentos de sorpresa, arrojóse en brazos de Mr. de Berville, gritando:

—¡Padre mío! Al fin os encuentro....

—¡Bien, bien! —dijo Berville con voz emocionada. —Veo que me reconoces; aprieta, hijo mío; y prepárate para marcharnos.

—¡Marcharse!.... ¡Llévase así!.... ¡A nuestro Marcelo!.... ¡A nuestro hijo!

—¡Vuestro hijo! ¡Decid el mío!.... replicó Berville, con aire de felicidad, contemplando aquel guapo mozo, que viviría a su lado y del cual haría un hombre de provecho.

—¿Vuestro hijo? No.... No quiero que se vaya.... Voy a contar —dijo Teresa.

Victor la hizo callar con una mirada furibunda, y se apresuró a exclamar:

—No digo que no.... No digo que no.... pero ¿quién nos prueba que es usted su padre?

Berville atribuyó esta resistencia al sentimiento que les había de causar el separarse de Marcelo, y sacó del bolsillo un legajo de papeles:

—Tome usted, buen hombre, tome usted, aquí están los recibos de los trimestres que habéis cobrado.

Victor bajó la cabeza.

—Vamos, vamos pronto —dijo Berville— deja aquí toda tu ropa, que no hace falta: ponte el sombrero y un abrigo, y basta.

El joven obedeció.

—¡Ah! vuestro hijo, vuestro pobre Carlos ¿murió? —dijo Berville con tono afectuoso.

—Sí.... murió nuestro hijo.... —respondió Víctor con voz ronca.

El falso Marcelo presentó la frente a su padre para que se la besara.

—¡Adiós, papá Duramé!

Después abrazó a su madre, se apoyó en el brazo de Mr. Berville y se alejó con él.

Los dos campesinos se quedaron como petrificados. Teresa sollozaba. Víctor, con la ferocidad retratada en el semblante, escuchaba el rodar del carruaje, que se alejaba rápidamente.

De pronto vió sobre la mesa un sobre. Lo abrió encontrando dentro cinco billetes de mil francos.

—Oye, Teresa—exclamó—aquí hay dinero.

Teresa no respondió.

Victor sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.... y dejó caer los billetes.

Y los dos, en la casa desierta, vacía para siempre, lloraron con amargura las terribles consecuencias del crimen que habían cometido.

MAURICIO LEBLENE.

LA CARTA



En Angulema nació, al mismo tiempo que el sobre, su compañero, y una caja de cartón le sirvió de cuna. Apenas salida de las creadoras manos del artífice, fué adornada con flores azules y lujosamente prendida con una *M* de plata. Algunos

días después de su nacimiento, el dueño, la envió a París en gran velocidad; iba cubierta con envolturas de papel, y metida con otras en una caja de madera.

Al clavar el cajón, la asustaron los golpes del martillo, y toda temblando se aproximó a sus compañeras.

Dos días después veía la luz del sol en un escaparate del Boulevard; allí, sujeta con unos garfios de hierro, mezclada con estampas y papeles, entre objetos de madera y bronce, de marfil y nácar, miraba suplicante al sobre que estaba expuesto más abajo, como pidiéndole el auxilio de su protección en medio de tantos extraños.

Su virginal atavío contrastaba con el de las hermosas actrices, representadas en artísticas fotografías.

Entre un retrato de Gambetta y un busto de Víctor Hugo, mirando un apoteosis de la República ó al lado de la Venus manca, permaneció mucho tiempo inmóvil y aislada.

Veía cruzar en vertiginoso torbellino los carruajes y las personas y parecía que cada individuo que pasaba la amenazaba con un rapto.

¿Ella tan pura y casta, con su blanca túnica salpicada de flores celestes; ella, que ceñía a su frente la *M* de plata como argentada diadema, en poder de un seductor de oficio ó en compañía de una vengadora descocada? ¿A qué fines la destinarian? ¿Sería instrumento de perdición y vería manchada su alba vestidura por signos de ignominia, ó se rozaría con mugriento billete más vil que el metal que representa?

Emisaria del dolor, giría sembrando llanto por donde quiera que fuese, ó paloma mensajera, llevaría en su pico la amorosa nueva?

Esto pensaba la carta, mientras desfilaban por delante de su balcón, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, grandes y pequeños!

Así permaneció mucho tiempo, sufriendo en su incertidumbre, como joven esclava, expuesta en el mercado, que ignora el tratamiento que la dará el nuevo comprador; pero un día, ¡día feliz! vió que un coche se paraba a la puerta de la tienda y que bajaba de él una encantadora muchacha, de unos dieciséis años, blanca como la espuma de los mares, con ojos brillantes como luceros y de dos trenzas de oro cayendo sobre la espalda; vestida de blanco, y ostentando como ella flores azules y adornos de plata.

Poco después, la fría mano de la tendera la sacó del escaparate, con el sobre que la seguía, y poniéndola en una caja, con otras varias iguales a ella, la cerró, envolviéndola cuidadosa, y la ató con dorado hilillo; ella sintió como un cinturón que la ajustaba, y luego le pareció que la llevaban de un lado a otro, y aletargada por la obscuridad, quedóse dormida.

La joven subió al coche, con la caja en la mano, y la puso con otros paquetes en un asiento vacío.

Un brusco movimiento la despertó de su letargo, la sacaron de la caja y se sintió acariciada por unos dedos de rosa, y luego cuidadosamente guardada entre los perfumados pañuelos de olán y *sachets* de violeta.

Allí, en el armario, permaneció encerrada varios días, aspirando y recogiendo en sus pliegues el olor de esencia y perfumes, hasta que una tarde, María, que así se llamaba la joven, abrió el armario y sacó la carta que, coqueta, se miraba en el espejo, mientras su dueña cerraba el mueble.

Colocada sobre el blando terciopelo de artística carpetilla, la carta se sintió acariada por pluma de oro, que iba trazando sobre su blanca superficie, en letras moradas, las palabras del más puro amor que posee la lengua de Cervantes. Una lágrima candente le cayó sobre el rostro, en la *M* de plata, y sintió que la besaban con ósculos abrasadores. Loca de felicidad al verse tan agasajada, la carta se plegó gustosa a la voluntad de María, quien después de agregar unos *no me olvides* naturales, a los que había pintados en el papel, la metió en el sobre, y lo cerró, poniéndole, una vez escritas las señas, sellos de varios colores.

La carta arrojada por la mano de la joven en una boca de león de piedra, rodó por una calleja obscura, y se halló prisionera en el buzón de correos, donde otras más bastas la rozaban lastimándola.

Luego la sacó de allí, rudo carcelero, cuyas toscas manos la hicieron crujir de dolor, al verse maltratada, fué pasando de unos en otros, sin hallar afecto ni dulzura, hasta que por fin se encontró en la estafeta de correos, viajando en tren expreso.

Vió cruzar pueblos y ciudades con la velocidad de sombras chinescas, y sintió el silbar de la locomotora y el chirrido de las ruedas.

Después de muchas horas de viaje llegó por fin a una ciudad bella como pocas, bañada por poética ría, célebre por su historia, por sus monumentos suntuosos, por su industria importante, por sus hijos ilustrada: la heroica Bilbao.

Ardía la guerra civil en las Provincias vascongadas, y el novio de María, el capitán Acevedo, estaba allí de guarnición: para él era la carta que la bella española había escrito en París y que llegaba a su destino.

También en Bilbao, el cartero y el asistente la miraron con desdén, y hasta que llegó a manos de Acevedo, nadie la dió valor ni importancia; pero apenas la cogió éste, ansioso al reconocer la letra, rompió el sobre, precipitado; la carta, temblorosa en manos del amante, lloraba la muerte de su fiel compañero; luego se sintió acariciada y besada de nuevo, y por último, cuidadosamente guardada en una cartera con otros papeles.

Allí estuvo largo tiempo, encerrada sin que una mano amiga fuese en su busca, oyendo sólo las descargas de la artillería y los silbidos de las balas cruzarse rápidas.

Ha pasado un año desde la llegada de la misiva a Bilbao. El capitán Acevedo murió en campaña, víctima de la fratricida lucha. María, más hermosa que nunca, se dispone a dar su mano a un opulento banquero, y la carta, enviada con otros objetos a los parientes del capitán, es rasgada por mano indiferente, y hecha mil pedazos, arrojada con otras muchas al cesto de los papeles. ¡Así concluyó su existencia la prenda de tan tierno amor!

EL MARQUÉS DE PREMIO REAL.



LOS HIMNOS NACIONALES



PUBLICA una revista inglesa un estudio sobre los diversos himnos nacionales, en el cual el autor observa que la mayor parte de esos himnos no se ocupan de ninguna manera de la «nación», sólo si de la persona del Monarca.

En ciertos países, como en Suecia, se canta a un rey histórico ó legendario, muerto desde hace mucho tiempo, y los súbditos de sus sucesores, con una lealtad póstuma, continúan pidiendo a Dios que le salve, como si viviera aún.

He aquí una lista, por demás incompleta, de los himnos nacionales, que mostrará, más ó menos, cómo se dividen:

Himnos que celebran al soberano: Inglaterra, Austria, Dinamarca, Portugal, Prusia, Rusia y Suecia.

Himnos que celebran a la nación: Méjico, Estados Unidos, Holanda, Hungría, Noruega.

Hay una tercera clase y es la de los himnos revolucionarios, entre los cuales puede contarse a Francia con la *Marsellesa*, a Bélgica con la *Brabagonne*, é Irlanda con *God save Ireland*.

Los himnos nacionales son relativamente modernos: datan casi todos de uno ó dos siglos a esta parte. Sus autores son, generalmente, ilustres desconocidos, con excepción, por ejemplo, de Rouget de Lisle, el autor de la *Marsellesa*.

El solo himno extranjero, cuyas palabras son de un gran poeta, es el himno noruego: *Ja vi, elsker.... Si, nosotros amamos ese país*; su autor es Bioernstjerne Bjoernson.

El solo himno, cuya música sea la obra de un gran compositor, es el austriaco, que fué escrito por Haydn. Conviene mencionar, por último, el himno portugués, que tuvo por autor a un emperador: Pedro I. del Brasil.

Como se ve, el autor del artículo ha olvidado ó desconoce muchos himnos americanos, entre ellos el argentino y el oriental; y lástima, porque hubiera sido curioso conocer su opinión.



PIC-NIC

Un consuelo.

Leímos días atrás en un periódico extranjero:

El arquitecto monsieur Pinel se cayó ayer desde un andamio y se rompió el pescuezo. Afortunadamente, no recibió ninguna otra lesión.

Un joven que va a su primer baile pregunta a un amigo experimentado:

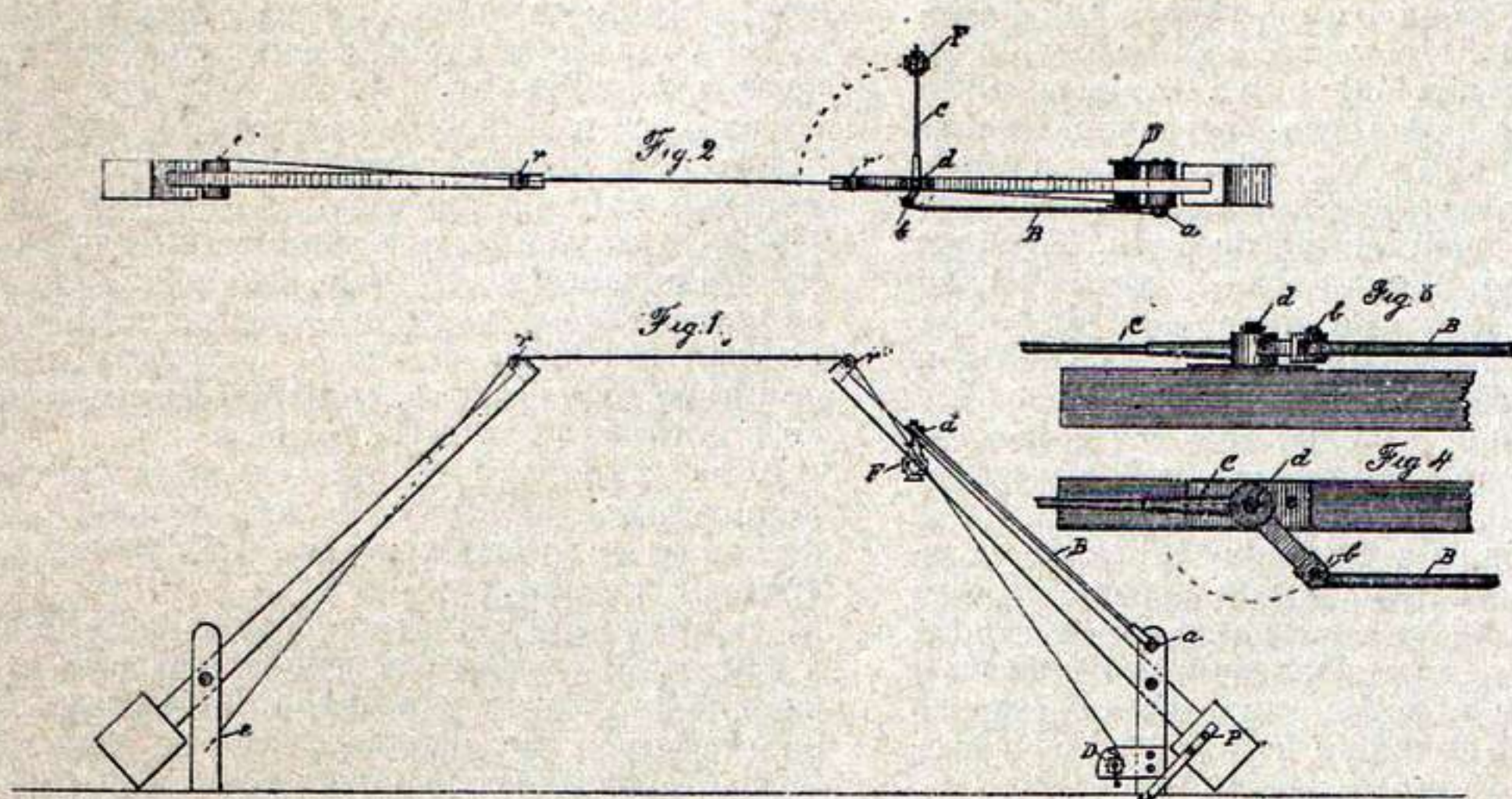
—¿De qué debo hablar a la mujer con quién bailo?

—De su belleza.

—¿Y si es fea?

—De la fealdad de las otras.

BARRERA-SEÑAL AUTOMÁTICA (PROYECTO DE MECANISMO DEL SR. G. H. HORROCKS)



Figuras 1.ª, 2.ª, 3.ª y 4.ª

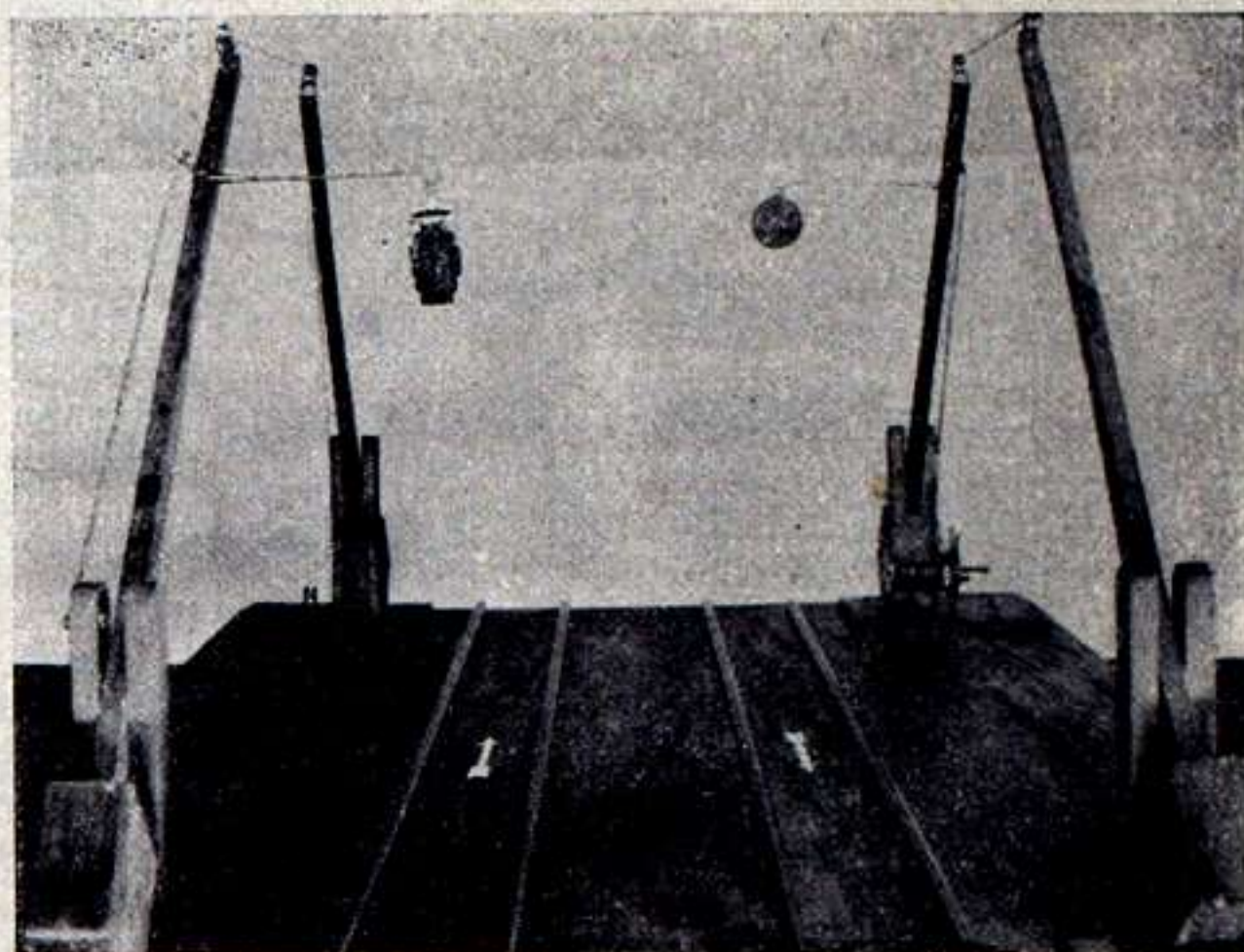


Figura 5.ª

El señor Guillermo H. Horrocks, acaba de idear un mecanismo muy sencillo y económico, por medio del cual convierte las actuales barreras de uso general en todas las líneas férreas de la República, en *barreras señales automáticas* que permiten a los maquinistas, divisar desde una distancia considerable, la posición en que se encuentran las barreras; pudiendo el maquinista, con este nuevo sistema, evitar las numerosas catástrofes que, por desgracia, se producen con tanta frecuencia en los pasos a nivel situados en la entrada de las ciudades y pueblos por donde pasan las distintas líneas férreas existentes en la República.

Distintos ingenieros, autoridades reconocidas en materia de ferrocarriles, han estudiado el mecanismo ideado por el señor Horrocks, y han llegado a la conclusión de que es lo mejor que existe aquí actualmente como indicador automático en conexión con las barreras, en los pasos a nivel.

El señor Horrocks ha solicitado del superior gobierno la patente de invención correspondiente, y los detalles de cuyo mecanismo pueden verse en las figuras numeradas 1 al 4 de nuestros dibujos.

La figura 5.ª representa las barreras levantadas ó abiertas, con las señales de peligro, mirando hacia la vía, es decir, un farol con luz roja de noche y un disco colorado de día.

La figura 6.ª representa las mismas barreras bajadas, ó sea cerradas, mostrando el farol una luz verde, indicando al maquinista vía libre, ó «barrera cerrada».

La figura 7.ª representa las mismas barreras bajadas, y vistas desde la calle ó avenida con sus discos colorados de frente, indicando la aproximación de un tren.

La figura 8.ª es una reproducción fotográfica del paso a nivel de la Avenida Alvear y Ferrocarril Buenos Aires y Rosario, con el nuevo mecanismo y señales, teóricamente aplicado a las barreras, lo que da una idea clarísima de cómo quedarán las barreras una vez convertidas en *barreras-señales automáticas*.

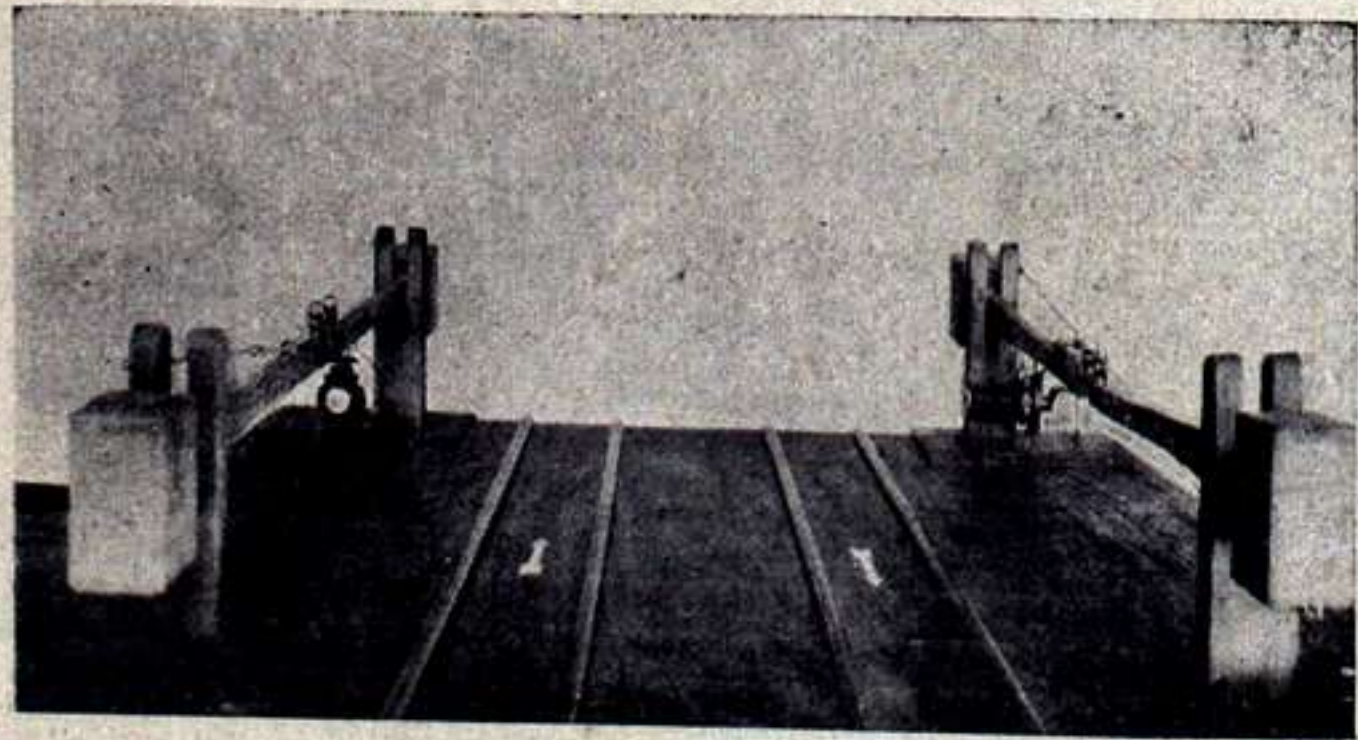


Figura 6.ª

Sentimos que la falta de espacio nos prive de publicar una descripción técnica completa del nuevo mecanismo, detallando mejor su funcionamiento; pero no dudamos que los mismos dibujos que publicamos y la opinión del señor ingeniero Firmat, que transcribimos a continuación, se encargarán de llenar este vacío.

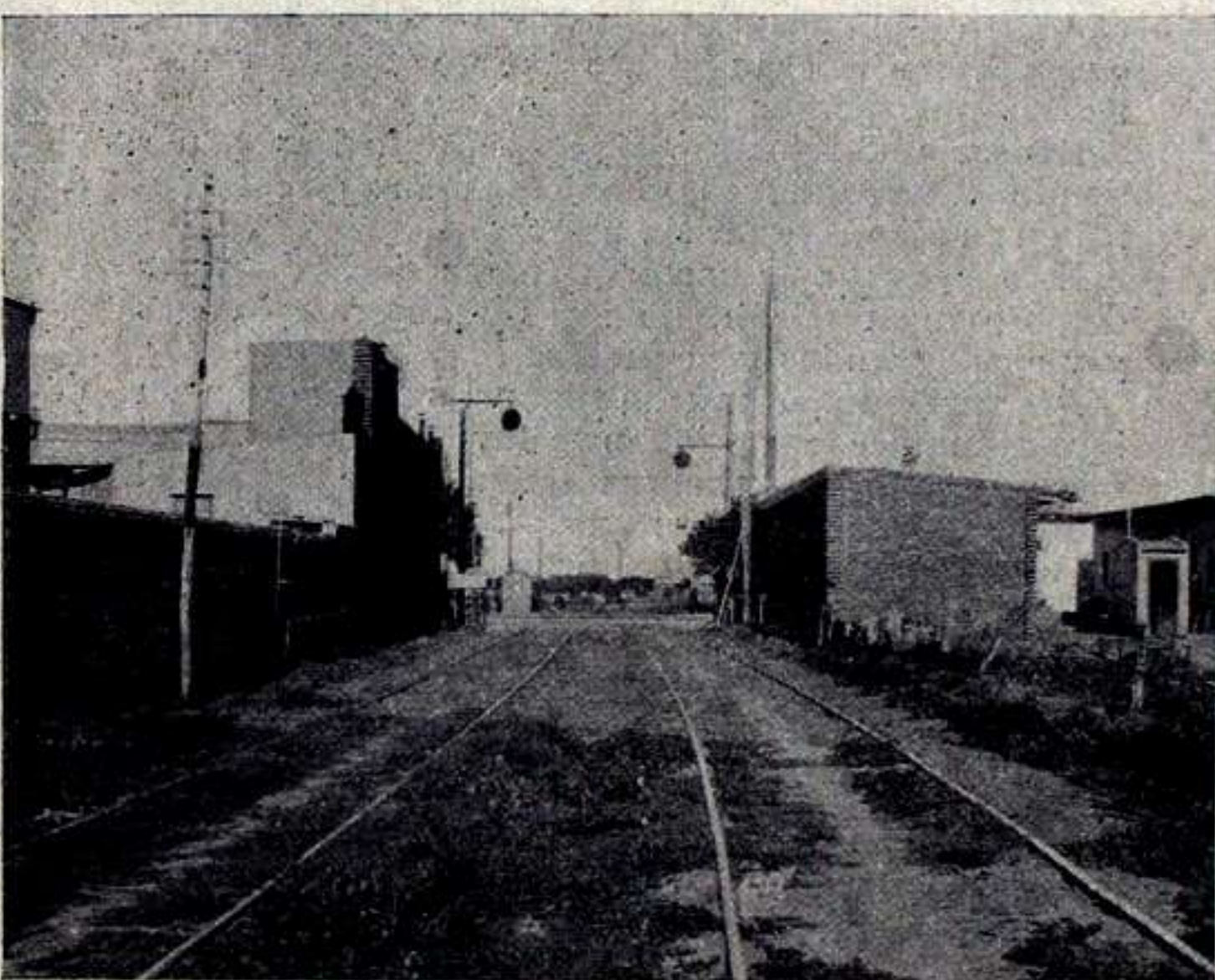
Buenos Aires, Enero 10 de 1898.

Señor don Guillermo H. Horrocks.

Presente.

Muy señor mío:

Atendiendo a sus deseos he practicado una inspección detenida del modelo de barrera de ferro-



EL NUEVO MECANISMO APLICADO EN EL PASO A NIVEL DE LA AVENIDA ALVEAR Y F. C. B. A. Y ROSARIO

carril ideado por usted, y ha traído a mi ánimo el convencimiento de lo bien combinados que están en este aparato todos los elementos que le componen y que hacen de él una barrera-semáfor de facilísimo manejo.

Hace tiempo me vengo preocupando de la facilidad con que se tiende a echar sobre los maquinistas la responsabilidad casi exclusiva de los accidentes involuntarios que con sus locomotoras ocasionan, siendo así que son ellos los que en primer término corren el peligro de ser las principales víctimas, pues ocupan en el tren el puesto de más trabajo y también el más peligroso, y a propósito de las múltiples faenas a que tienen que atender en el ejercicio de sus funciones, en un artículo titulado «La huelga de los maquinistas» publicado en el último número de *El Economista Argentino* (del 8 de este mes). Hubiera podido agregar a dicho artículo, como por ejemplo, que se obliga al maquinista a saberse de memoria la situación de todas las estaciones, cruces con otras líneas, pasos a nivel, etc.,

cosa muy difícil en líneas de gran extensión y más de noche ó en día tormentoso; pero, por lo menos, las estaciones, cruces y empalmes tienen señales fijas, avanzadas elevadas que se ven de lejos y le avisan de antemano, mientras que las barreras no cuentan más que con un farol de mano a poca altura del suelo, y si el paso a nivel

se halla situado cerca de alguna curva, no se le descubre sino cuando está encima el tren y es punto menos que imposible pararlo.

Viene luego la cuestión de si el maquinista hizo ó no hizo sonar el silbato; y sobre si se le oye ó no se le oye habría mucho que hablar. El hecho es que en la práctica no están bien deslindadas las responsabilidades, por más que hay artículos en los reglamentos de ferrocarriles que parecen absolver a los maquinistas de toda responsabilidad en la cuestión de los pasos a nivel.

La *barrera-semáfor*, inventada por usted, viene a resolver este punto de una manera satisfactoria, porque sus señales, de facilísimo manejo, combinadas con los movimientos de la barrera misma, y visibles a distancia, permiten al maquinista darse cuenta con tiempo de si la barrera está abierta ó cerrada.

Su fácil organismo y funcionamiento hacen dicho aparato eminentemente práctico y creo que todas las compañías debieran adoptarlo para librarse en lo posible de responsabilidades y para proteger los legítimos intereses de la benemérita clase de maquinistas, cuyo servicio, el más rudo y peligroso de cuantos se desempeñan en los ferrocarriles, bien merece que se les ampare en tales casos.

Por otra parte, la nueva ley, que tardará un año, en venir, si viene, no resolverá el caso de una manera tan práctica y sencilla como lo resuelve usted con su invención, porque las señales de ferrocarriles no se prestan tan fácilmente a interpretaciones diversas como se prestan en muchos casos los códigos vigentes.

En resumen: su aparato es, en mi concepto, una idea muy útil, y de gran oportunidad en estos momentos. Las compañías de ferrocarriles que hasta ahora tenían que confiar únicamente en los guarda barreras, dividirán ahora la responsabilidad y la vigilancia entre éstos y los maquinistas, sabiendo de un modo absoluto a qué atenerse con el nuevo sistema.

Permítame que le felicite por su invención y

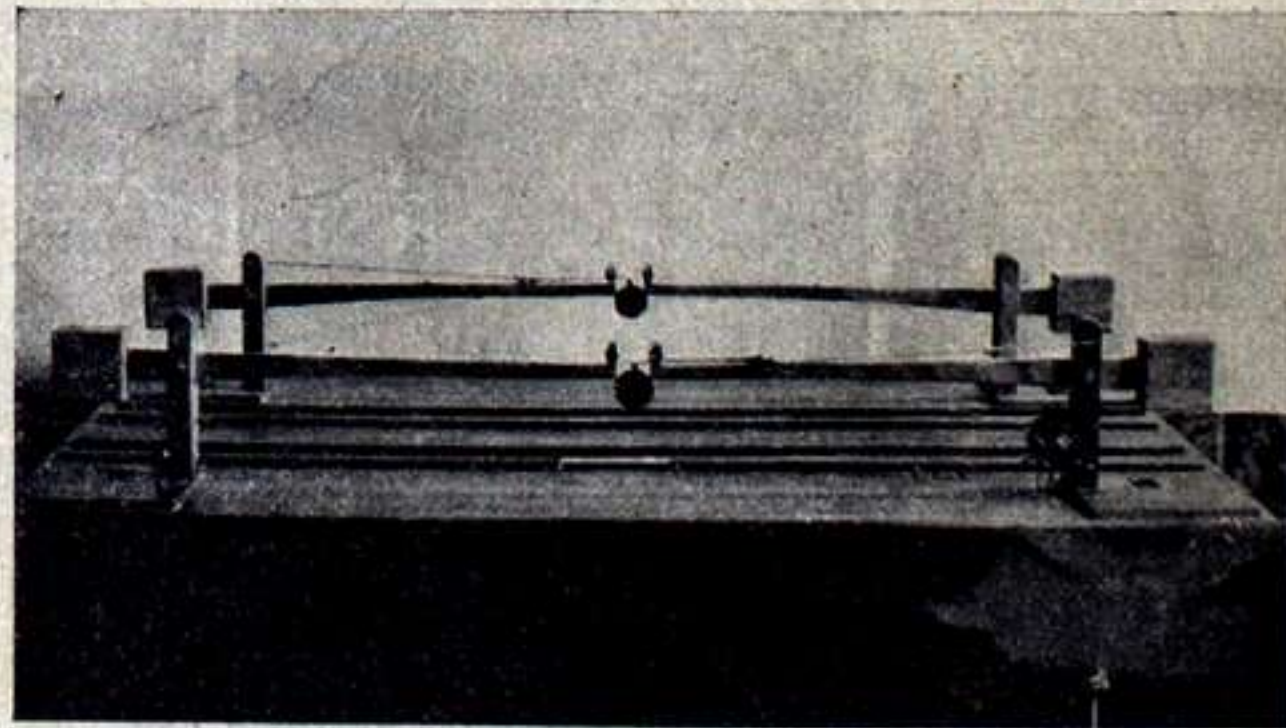


Figura 7.ª

deseando que ella le proporcione la honra y provecho que se merece, me suscribo.

De usted atento y S. S.

IGNACIO FIRMAT.



UN POETA CUBANO



os musas, sin afinidades en las tendencias y opuestas en lo relativo a la revolución de la forma, han venido compartiéndose en estos últimos años el renombre alcanzado por la poesía cubana en la literatura del continente.

La pálida y nostálgica, esquiva de nuestra naturaleza perpetuamente de gala; insomne en la ruta que conduce a la contemplación extática del ideal soñado y perseguido: — esa permanece muda, después de haber colocado la rama de laurel sobre el féretro del admirable Julián del Casal, recogido la última doliente trova de Juanita Borrero en la ingrata soledad del destierro, y estrechado fuertemente contra su pecho, en la tristeza de la despedida, a los hermanos Utrach, cuando éstos abandonaron la lira del amado maestro para echarse al hombro el arma con que en postrera instancia se solicita el triunfo definitivo de una causa y de una idea.

La otra, que vive nuestra vida inquieta; bien

eclecticismo. Bastante discretos para agruparse al pie de la bandera revolucionaria, fueron poco energéticos para combatirla. Nadie arrió esa bandera; cayó de su altura para arropar el cadáver del que la dió prestigio en la patria y más allá de sus fronteras.

Manuel S. Pichardo nació en la ciudad de Santa Clara, capital de la provincia de su nombre en la isla de Cuba.

Muy joven aún, casi un escolar, partió a la Habana, donde desempeñó un puesto en la Diputación Provincial, al mismo tiempo que se dedicaba al estudio de los buenos modelos de las letras castellanas, cuyas bellezas supo sentir bajo la dirección de maestro tan entendido y de tan depurado gusto como el poeta y escritor andaluz don Mariano Ramiro, quien lo inició en los secretos de la versificación y lo encaminó por la senda del periodismo literario.

Gacetillero, primero, del importante diario *El Radical*, fundado por el periodista canario don Manuel Linares; cronista más tarde del diario *La Iberia* y de otros acreditados órganos de la prensa habanera, Pichardo ha marchado siempre con paso victorioso por la ruta escabrosa de las letras.

Con el joven escritor don Rafael Bárcaga fundó, hace trece años, el semanario ilustrado *El Figaro*,

En la sátira, llega hasta lo épico. Así puede verse en la siguiente:

¿Por qué luces colgada a la cintura
hoja que no has de manejar con brío?
Encerrado en su estrecha sepultura,
tu acero tiembla no de ardor, de frío.
Hora es ya de esgrimirlo con bravura
y dar honor al bélico atavío,
pues solamente vive deshonrada
una virginidad: la de la espada.

La pluma que así increpa en ocasiones, es la misma que con frecuencia despierta en el alma los más tiernos sentimientos.

Peza, el cantor del hogar, no tiene una estrofa más delicada que esta, en la cual el poeta habla a su hija:

Si antes que tú me marchó, como es mi anhelo,
allá, en tus oraciones, pídele al cielo
que cuando él te reclame, ya esté cumplida
mi pena por mis culpas en esta vida;
que me absuelvan entonces. ¡ay! porque fuera
tremendo mi castigo si no te viera!

También la poesía intitulada *Inquietud de la dicha*, es una incomparable página en la literatura del sentimiento. El poeta, dirigiéndose a la compañera de su vida, exclama:

Tiemblo al verte a mi lado tan dichosa,
tiemblo al verme a tu lado tan feliz,
porque fuera la vida un paraíso
si siempre, siempre continuara así.



LA PLATA — EDIFICIO DEL TEATRO ARGENTINO
(Fotog. E. C. Moody)

avenida con el medio físico y moral donde canta y solloza, anhela y ruega; que enciende la idea con el fuego de nuestro sol, perfuma sus pensamientos con el aroma de nuestras flores, y da a sus imágenes las coloraciones de los crepúsculos tropicales: — esa musa es la que hoy se mantiene en pie en Cuba, viendo ante sí, con respeto y lástima, el aislamiento en que se encuentra la ciudad maravillosa y espléndida de que nos habla José Enrique Rodó en *La vida nueva*: — ciudad toda de mármol y de bronce, toda de raros estilos y de encantadoras opulencias, pero en la que sólo habitan sombras heladas y no se escucha jamás, ni en forma de clamor, ni en forma de plegaria, ni en forma de lamento, la palpación y el grito de la vida.

Mientras esa musa ofrecía sus venas al narcótico del exotismo y se esclavizaba a la fiebre de una neurosis más artificial que orgánica, era *El Figaro* el cenáculo principal de la poesía francamente española.

Un ilustrado colaborador de dicho semanario — Eulogio Horta — al darnos algunos apuntes biográficos del fundador y redactor de *El Figaro*, nos cuenta cómo el poder avasallador de la lira de Casal iba lentamente robándole terreno a la literatura tradicional, y cómo muchos adeptos de ésta, sustrayéndose a librar combate con aquélla, encauzaron su espíritu por los rumbos de un amable

al que ha consagrado, como a hijo predilecto, los mejores días de su fecunda existencia. El simpático colega ha sido registrador de los esfuerzos hechos por la mayoría de las inteligencias jóvenes de Cuba en los últimos diez años, y un factor demostrativo de la cultura general en aquella Antilla.

Es abundante y variada la serie de composiciones del distinguido poeta; y su educación, sus modelos y sus lecturas han sido completa y directamente españolas.

Su musa regocijada y fácil, canta con preferencia la realidad familiar, la vida tal como es, con sus efectos de luz y sombra, con sus contradicciones y bromazos; pero sin reflejar nunca las notas extremas.

La producción de Pichardo tiene muchos puntos de contacto con el humorismo de Campoamor, aunque conserva siempre los rasgos más salientes de su espíritu: facilidad, corrección, observancia estricta de los cánones de la métrica y de la prosodia.

Muestra preciosa de la intencionalidad campoamoriana es la poesía *Negro y blanco* que ha recorrido todas las páginas del periodismo hispanoamericano.

Todo se vá, la dicha sobre todo;
tú y yo tendremos que llorar al fin,
que en este paso triste de la vida
es forzoso morir, ó ver morir!

En 1892, Pichardo concurrió a la Exposición de Chicago con el carácter de corresponsal del diario habanero *La Lucha*. Fruto de sus correspondencias es su primer y único libro en prosa, *La ciudad blanca*, que fué favorablemente acogido por la crítica.

También como corresponsal de *La Lucha* estuvo en Madrid, y allí dió, en el famoso Ateneo, una notable lectura acerca de la poesía cubana. Contrajo matrimonio en la Coronada Villa con la distinguida señorita habanera María Amblarde y regresó a su patria después de un provechoso paseo por diversas ciudades europeas. Desde entonces vive consagrado a *El Figaro* que ha elevado a rango envidiable en la prensa literaria de Hispano-América.

Desde el comienzo de la actual insurrección cubana desempeña el cargo de corresponsal telegráfico del *Heraldo de Madrid*; dándole tiempo las labores enunciadas para escribir crónicas de salón en *La Lucha*, con el pseudónimo de *Conde Fabián*.

En medio de la querrela que mantienen las

«escuelas rivales», en Pichardo se ve de relieve la virtud de la tolerancia.

Como no ejerce de crítico, tarea que no se aviene con su carácter, cada día se acentúa más la simpatía de que goza entre la gente de letras.



POR FIESTAS Y TEATROS



HANSE clausurado el día 24 definitivamente, las fiestas populares que con tanto éxito ha celebrado la Asociación Patriótica Española, desde el cuatro de diciembre del año anterior hasta la citada fecha, en el local del Pabellón Argentino, y el resultado obtenido favorece notablemente el objeto á que se destinan los fondos recolectados, que es el de aumentar los que han de invertirse en la construcción del cruceiro que será ofrecido á España en nombre de los españoles residentes en el Plata.

Las fiestas tuvieron un digno coronamiento, siendo el total de las entradas habidas dicha noche destinado á los damnificados en las últimas inundaciones sufridas en Valencia.

El público respondió generosamente al llamamiento de la caridad, pues la concurrencia que asistió puede compararse con las más numerosas que han acudido en el curso de las fiestas.

Los salones del Pabellón veíanse muy concurridos, lo mismo que los jardines y pabellones regionales, donde reinaba indescriptible entusiasmo.

En el kiosco central del jardín, la banda de grumetes ejecutaba entretanto escogidas piezas, y la del 8 de línea, en un extremo del jardín, hacia lo mismo, dando ambas, como es consiguiente, mayor animación al hermoso parque.

A las diez comenzó en el teatro Celeste la gran función anunciada; el señor Francisco Sáinz, presidente de la comisión de fiestas, hizo entrega personalmente de los premios ganados por los tiradores que tomaron parte en el concurso de tiro celebrado bajo los auspicios de la Sociedad Española de tiro al blanco.

Los beneficiados eran muy aplaudidos por el público al recibir el premio á que se habían hecho acreedores.

Terminada la distribución de premios, el doctor Segovia, presidente de la Asociación Patriótica Española, pronunció un hermoso discurso, agradeciendo el concurso prestado á las fiestas por el público. Igualmente manifestó su agradecimiento á las autoridades y á la prensa argentina.

Tuvo palabras entusiastas por la confraternidad hispano-argentina, terminando con un viva á España y á la República Argentina, acogidos con prolongados aplausos de la concurrencia.

En el concierto de bandurrias y guitarras, las señoritas Luisa, Florentina y Remigia Sáinz y María Castro, discípulas del profesor Pedro Maza, fueron muy aplaudidas, lo mismo que los niños Totó Iglesias, en la recitación del monólogo *Tertulia cursi*, y Antonio Parera, en la composición *Lo que dijo Manuela*, de Leopoldo Cano.

La pareja de baile López y la rondalla de bandurrias y guitarras compuesta de los profesores Maza, Vázquez, Pastor, Martí y Garrido, fueron objeto de grandes manifestaciones y aplausos.

La escena final del primer acto de *La Dolores* fué cantada con brillo por el tenor Romeu, y las hermanas Sotorra bailaron después, con su acostumbrada gracia, los más variados bailes españoles, obteniendo, como es consiguiente, un brillante éxito.

El Orfeón Primitivo Gallego cantó algunas composiciones desde el kiosco central del jardín, siendo muy aplaudido.

En el pabellón velenciano, varias señoritas, vestidas al estilo de aquella región, remataron algunos objetos, por los que obtuvieron muy buenos precios.

Las fiestas recien clausuradas en el Pabellón Argentino, tendrán su epílogo el dos de febrero en las grandes romerías que se celebrarán en el local que la Sociedad Rural Argentina posee en Palermo.

¿Y qué hay de teatros? Pues... casi nada:

En el Mayo, va haciéndose público y poniéndose en moda la compañía que allí actúa.

Comenzó con poca fortuna, pero no se desanimó: trabajó con buena voluntad y hoy se ha convertido en una necesidad para las familias de los barrios centrales que hallan en el Mayo agradableísimo recurso para matar las noches de verano.

Algunas noches hay entradas que parecen llenas, y se los auguramos en lo sucesivo si siguen firme y derecho por la vía emprendida.

Cuanto á la Comedia, una zarzuelita, *Partida doble*, es la novedad más nueva.

De sencillo argumento, basado en una doble intriguilla amorosa urdida por dos enamorados que se prestan mutuo auxilio para lograr la mano de sus respectivas novias, librando á la una del convento en que va á profesar, y á la otra de las redes de un viejo rival rico, no carece de animación y tiene alguna escena de buen corte y efecto cómico, como la de la fingida pintura de una imagen, en el segundo cuadro (el convento); pero hacia el final se enfria algún tanto y deja al público bastante indeciso.

Lleva música del maestro don Zenón Rolón, que no sabemos haya compuesto otra partitura de este género desde la que escribió para el libreto de la zarzuelita *Chin-Yonk*, de los jóvenes señores García Velloso y Nirenstein, que se estrenó en este mismo teatro hace cosa de dos años. Sabemos que de la música de *Partida doble* ha habido que suprimir alguna pieza vocal importante, quedando sólo algunos coros y una arieta de tiple. De dichos coros, los de hombres son triviales de corte y de concepto; pero en los de mujeres, del segundo cuadro, resaltan fragmentos de buen carácter y un breve preludio de orquesta delicado por su oportuno tinte místico. La citada arieta, que fué cantada por la señorita Bellsolá, se destaca bastante por su mayor novedad y distinción mereciendo el aplauso que obtuvo.

Al final se llamó á los actores, entre los que se distinguió el señor Gil, y á los autores, el ya citado maestro Rolón, y el del libreto, señor Manuel Montero.

Otro nuevo estreno en este teatro, «La piel del diablo», ha completado nuestras esperanzas.

Prescindiendo de Chapi, que se ha tomado un trabajo que no merece el libreto de esa obra, diremos que el señor Jacques, autor de ese libreto, es el autor más... imposible de los hasta ahora conocidos.

El libreto de «La piel del diablo», es una de esas necesidades que, no pudiendo ser concebidas por nadie, por nadie pueden ser toleradas. El público, al verlo poner en escena, rió anoche estrepitosamente, como debió reír cuando se le presentó «El guardia de corps», obra del mismo corte, género y mérito de «La piel del diablo».

Chapi, como se sabe, ha puesto música á «La piel del diablo». Debe reprocharse al maestro el que haya aceptado el libreto de Jacques. Su trabajo de músico, que vale realmente, se pierde en producción tan insignificante. Por lo demás, esa música, por su mismo valor, resulta, aplicada á un engendro de tan baja estofa como «La piel del diablo», tonta y ridícula.

No basta aquí que la empresa de la «Comedia» haya repartido en volantes, como cuando estrenó «La revoltosa», los juicios de la prensa madrileña sobre «La piel del diablo». Esta obra no mereció de los diarios de Madrid más que sueltos de esos que, en la jerga periodista, se llaman *de compromiso*. Hay que distinguir: los críticos que se ocuparon de «La revoltosa» no se han ocupado de «La piel del diablo» y no «hacernos comulgar con ruedas de molino».

Bueno: «La piel del diablo» está curtida á azotes aquí, y fuera ya del cartel. Nos felicitamos de ello. El público, sin tener prevenciones contra nadie, hace justicia distributiva, y aplaude á Chapi en «La revoltosa», porque «La revoltosa» es buena, y censura á Chapi en «La piel del diablo», porque ésta, en conjunto y en justicia, no es obra ni es nada.

Cuidado con las interpretaciones. No queremos decir con esto que nuestro público sea muy inteligente, sino que tiene *acertadas*, más acertadas que algunos críticos... mal llamados así, por la *bondad de la opinión*.

Al cerrar este número, se anuncia que empezará á funcionar en el Victoria la compañía de variedades y novedades «fin de siglo», contratada por el empresario Pastor. Cuenta esta compañía con elementos suficientes para dar espectáculos variados y amenos, en los que habrá canto, cuadros plásticos, música por una estudiantina y serpentinas luminosas.

Es decir, de todo, para gusto de los *consumidores*.

En los primeros días de Marzo próximo llegará la compañía dramática italiana de la Mariani, la que, según se ha dicho, funcionará en el San Martín.

La primera actriz señora Mariani, que goza de fama por su talento de interpretación tanto en el drama como en la alta comedia, tiene un repertorio moderno, en cuya ejecución será secundada por artistas bien conceptuados en Italia.

RENÉ.

DR. JOSE ROMAN MENDOZA

El nuevo Ministro de Hacienda de la República Oriental del Uruguay, es una de las cabezas dirigentes del partido colorado independiente. Vicepresidente de la comisión directiva colorada que proclamó la candidatura del señor Cuestas, fué el orador designado para dirigir la palabra al candidato, en el meeting del 28 de Noviembre último.

Es el doctor José Román Mendoza, abogado distinguido de Montevideo, y formó parte siempre de la oposición colorada, habiendo ejercido varias veces el cargo de diputado en la asamblea legislativa.

Ha desempeñado el doctor Mendoza, durante seis años, la cátedra de economía política en la Universidad, y está reputado por su competencia en la enseñanza de esa difícil materia, en la que campean sus brillantes dotes oratorias y su no común ilustración.

Pero sus inclinaciones son esencialmente políticas, y en el ardoroso campo de las ideas, brillan patentemente las cualidades del ilustrado ministro, cuya energía, independencia de criterio, honradez política y consecuencia en sus opiniones, le señalan como individualidad de rasgos salientes entre los hombres dirigentes del país uruguayo.



GENERAL DON RUFINO BAUZA



RUFINO Bauzá, natural de Montevideo y miembro de una de las familias patricias del país, empezó su carrera militar el año 11 en el ejército patriota.

Don Rufino Bauzá se presentó á Artigas con una compañía organizada y equipada á su costa, incorporándose al ejército.

Hizo en él toda la campaña del primer sitio de esta plaza. Lo siguió á su cuartel general en el Ayuí, participando de todas las penurias y sacrificios que por el espacio de 14 meses soportaron allí los orientales acudillados por su primer jefe; y volvió á emprender la segunda campaña el año 13, en el segundo sitio de esta plaza, hasta que capituló Vigodet, terminando la dominación española.

Gozaba el título de *benemérito de la patria en grado heroico* y de la medalla decretada á los *vencedores de Montevideo*.

Ocupada la plaza por las tropas de Buenos Aires, al mando del general Alvear, y producida la excisión con los orientales subordinados á Artigas, el comandante don Rufino Bauzá siguió las banderas de éste, teniendo á su inmediato mando el regimiento de libertos.

Hizo toda la campaña del año 14, contra las fuerzas de Alvear, Soler y Dorrego, que obedecían al directorio de Buenos Aires. Combatió en varios encuentros parciales, leal á su bandera, y se halló en la famosa acción de Guayabos contra el ejército de Dorrego, cuyo triunfo aseguró la autonomía de la provincia Oriental, evacuando las tropas de Buenos Aires á Montevideo y entrando á ocuparla los orientales.

Al mando del regimiento de libertos, vulgarmente llamados los *negros de Bauzá*, formó parte de la guarnición de Montevideo en esa época, hasta que la invasión portuguesa del año 16 trajo la necesidad de oponerle resistencia en campaña.

El coronel Bauzá, con sus libertos, marchó á ella y se halló en la desgraciada acción de India Muerta, á las órdenes de Rivera. Más tarde se halló en la acción y fuerte defensa del Paso de Cuello, donde los patriotas resistieron á 5.000 enemigos, continuando sus servicios hasta fines del año 17, contra la invasión lusitana.

Otorgués tenía á sus órdenes, en la barra de Canelón Chico, al coronel Bauzá, que mandaba un batallón de 600 libertos, con tres piezas de artillería; pero desagradado del desorden y anarquía que esterilizaba los esfuerzos de los patriotas, se resolvió, con otros jefes, á separarse de la obediencia de Otorgués y retirarse á Buenos Aires.

Al efecto, se pusieron en inteligencia con el general Lecor para que les permitiese pasar á embarcarse en Montevideo, retirándose de la lucha. Lecor, convino en ello, y en efecto, una noche abandonaron el campo de Otorgués, después de un pequeño conflicto con la división de éste, poniéndose en marcha para la plaza. Llegados á ésta, Lecor trató de inducirlos á permanecer en el país, ofreciéndoles reconoceros en sus grados; pero Bauzá y sus compañeros lo rehusaron resueltamente, manifestándole la firme resolución en que estaban de embarcarse para Buenos Aires, con ánimo de marchar al Perú, donde se combatía por la causa común de la independencia americana.

En efecto, algunos días después se transportaron a Buenos Aires. Allí tomó servicio, siendo reconocido en sus grados.

El año 23, cuando se preparaban en Santa Fe varios jefes y oficiales orientales para venir con Lavalleja en apoyo de la causa de la emancipación de este país, del dominio extranjero que representaba el Cabildo de Montevideo, Bauzá fue uno de los patriotas dispuestos a concurrir con aquel objeto, que no se llevó a cabo por la transacción hecha por don Alvaro da Costa con el Barón de la Laguna, que trajo la ocupación de la plaza por los brasileños.

Permaneció en la República Argentina hasta el año 26, en que vino a poner su espada al servicio de la causa de la libertad contra la dominación del Brasil.

Bauzá militó con honor en las filas de los heroicos defensores de la independencia en este suelo y vinculó su nombre a las dos épocas en que se batalló por la libertad de la Provincia Oriental.

Constituida la República, es un soldado de orden que respeta las instituciones tutelares; es el patriota modesto, que cumple sus deberes de buen ciudadano.

En las luchas intestinas, conserva su reputación sin mancha. Pertenecía al partido político que reconocía por jefe al general Rivera y sufre por él las prevenciones y sinsabores consiguientes a sus vicisitudes.

Retirado a la obscuridad de la vida privada, busca la subsistencia de la familia en el trabajo honesto y se le ve contraído en su chacra del Miguelete en la ruda labor del agricultor.

En la invasión del año 39, por el ejército del general Rosas al mando de Echagüe, el coronel Bauzá milita en las filas de los defensores de la República.

En la del año 43, el general Bauzá es uno de los jefes que forman en el ejército de reserva que defiende a Montevideo contra el del general Oribe, que se establece en el Cerrito, dando principio al sitio memorable de esta plaza.

La defensa de Montevideo lo cuenta entre sus abnegados y decididos sostenedores, y la Asamblea de notables, entre sus miembros.

En Noviembre de 1844, es nombrado ministro de la guerra, puesto que desempeña con celo, patriotismo y honradez habitual.

Más tarde, en 1847, fué nombrado jefe del batallón *Constitución*, cuerpo formado de todos los jefes y oficiales que se hallaban en la capital. En esa época era presidente del Consejo de Estado.

En los distintos puestos de honor y de peligro que ocupó durante el sitio, se condujo como un militar pundonoroso y aguerrido, exento de ambiciones bastardas, haciendo profesión de principios liberales, y distinguiéndose por su carácter moderado y por su espíritu conciliador, por la rectitud de sus procedimientos y por su amor acendrado a la patria.

En esa época de prueba, de sacrificios, ofreció el noble general Bauzá un alto ejemplo de desprendimiento patriótico, digno de especial y honroso recuerdo.

En el segundo año del sitio de esta plaza, cuando las necesidades públicas y privadas acrecían y para atender a ellas se hacían hipotecas con usura de un 5 % de interés mensual, y cuando el gobierno de la defensa luchaba con la absoluta falta de recursos para subvenir a los que demandaba la situación, el general Bauzá puso a disposición del gobierno las escrituras de las dos únicas propiedades raíces que poseía, adquiridas con el fruto honesto de su trabajo, para que, hipotecándolas, destinase su valor a las necesidades públicas.

Los términos en que se dirigió al gobierno, fueron los siguientes:

« Remito a V. E. la escritura de mi casa, del valor de 10.639 pesos y una quinta de 125 cuerdas, para que V. E. las hipoteque como le parezca, para enseñar a muchos lo que debe hacer un hijo de esta tierra, para salvarla ».

El gobierno aceptó con el consiguiente reconocimiento ese rasgo de civismo y desprendimiento generoso en obsequio de la patria, digno de uno de los antiguos guerreros de la independencia.

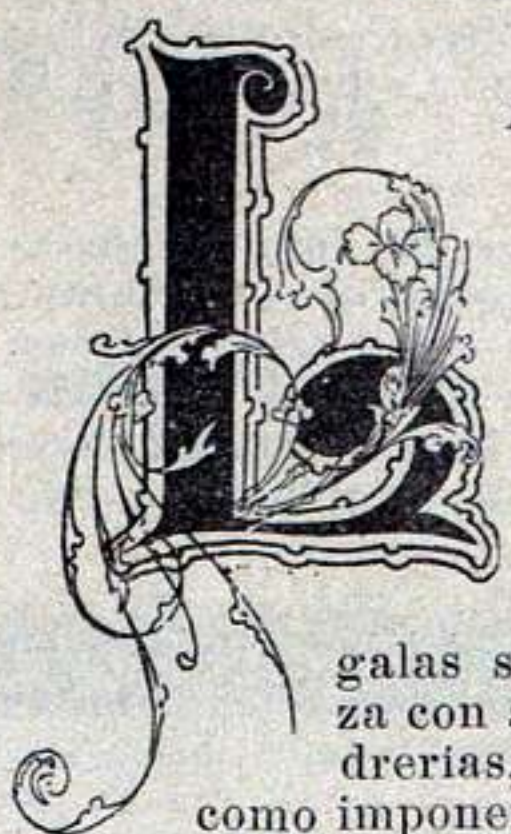
La paz de Octubre de 1851, puso término feliz a la lucha de 9 años, y el general Bauzá colgó su espada con la conciencia del deber cumplido.

Después de más de cuarenta años de servicio meritorios y de haber ocupado posiciones encumbradas, falleció en esta ciudad en honrosa pobreza, a una edad avanzada, con la estimación general.

ISIDORO DE MARÍA.

Montevideo.

EL COLLAR DE TOPACIOS



A última nota del piano se perdía por los ámbitos del salón, cuando entró Luis, el joven millonario y prometido de Flora. Saludó cortésmente y fué a sentar al lado de su amada, quien con toda satisfacción le envió una tierna sonrisa.

La mamá festejaba su cumpleaños y ataviada con sus galas suntuosas, adornada su cabeza con aquella diadema de ricas perdrerías, daba un aspecto encantador como imponente.

Muellemente reclinada sobre el sofá tapizado de seda y escarlata, movía entre los dedos su abanico de plumas de cisne, ofreciendo así el más aristocrático donaire que unía a aquel conjunto de sus gracias singulares.

La concurrencia rebosante de alegría, repartíase en diversos grupos por la espaciosa sala, la que provocaba insólito esplendor.

Aquí se conversaba, allí se percibía la simpática sonrisa dibujada en labios purpúreos, y acullá, cerca del bordado cortinaje que desprendía una artística galería, se veían las siluetas de dos abuelitas que, sonrientes, contemplaban aquel derroche de expansión.

Un vals resonó armonioso y veinte parejas impelidas como por un movimiento unsono, levantáronse invadiendo el salón con la multitud que se paseaba, mientras que otras, girando al compás de la música, revoloteaban cual blancas mariposas, en aquel sitio de alegría.

Flora con su traje de surah caña, su collar de topacios y su peinado de esmeradísimo toilette, asida del brazo de Luis, era seguida de las demás parejas que lucían sus ricos telares en ese emporio de elegancia.

Su corazón palpitante de emociones, hacia conocer las predisposiciones de su espíritu repleto ya de ensueños lisonjeros, a la vez que Luis algo taciturno, ó tal vez inquieto, parecía querer ocultar las sensaciones que le asaltaban, sumiéndolo en aquella actitud tan vacilante.

El vals terminó y la concurrencia jadeante y satisfecha, recorría el gran salón a pasos majestuosos, entre aquella brillantez inusitada.

La mamá de Flora departía amablemente con un caballero de blanca melena y que fácilmente daba a conocer la madurez de su edad, y que acercándose Luis hacia ella, después de hacer una reverente inclinación de cabeza, presentábase sus cumplimientos.

El baile continuó, y en esos intervalos que ofrece el buen tono, para proseguir la danza, el caballero de la blanca melena, acompañado de Luis, penetraron en una de las antecámaras, en donde aquel le preguntó:

—El duelo es siempre para ahora a las cinco?

—Es verdad; repuso Luis, con acento bien tranquilo.

—¿Qué armas ha elegido usted?

—La Montecristo.

—¿A cuántos pasos?

—A diez.

—Hola! mucha serenidad, amigo, mucho pulso, y nada de preocupaciones.

—En eso puede usted tener plena confianza, de que no me amedrenta la resolución que he tomado y que mi pulso estará sereno, como firme está mi decisión.

—En hora buena, y que el mejor éxito premie su valor y entereza.

—¿Sabe Flora de todo esto?

—Nada, absolutamente; y lo que más encarecí a mis amigos, fué de que guardaran la reserva más completa acerca del duelo, para que esto no llegue a oídos de Flora ni de su mamá.

—¿Qué rara coincidencia! exclamó el caballero, dando una palmada sobre la pierna de Luis.—La noche en que celebramos el onomástico de la gran dama, concluirá con el extraño episodio de este desafío; y cumplen también hoy, doce años ha, que invitados por el general Caribbe, padre de Flora, para festejar el aniversario de su esposa, nuestra excelente dama, una bala crael tronchó aquella existencia en momentos que despedía sus relaciones, después de la gran soirée de aquella noche!

—Es una coincidencia bien amarga, repuso Luis, haciendo a la vez un movimiento como para levantarse del asiento; el caballero le siguió en esta indicación, abandonando en seguida la estancia.

De vuelta al salón, fué Luis al lado de Flora y después de largo rato de ceremoniosas atenciones, y consultando la hora de su reloj, salió hacia fuera, seguido del caballero, perdiéndose ambos entre la espesura del jardín.

Llegaron al extremo de la quinta, salvaron la muralla, y una vez fuera del palacio, aguardaron un momento hasta que un carruaje, tirado por briosos corceles, llegó en su busca.

Subieron en él y después de indicar al auriga dónde debía conducirlos, partieron a largo trote.

Se aproximaba la hora de aquel lance, y los padrinos de Luis, como los de su adversario, hallábanse en el terreno donde los duelistas debían batirse. A la hora precisa se presentó Luis, acompañado del caballero de la blanca melena, que no era otro que el doctor Bull, su médico, quien lo acompañaba para las ulterioresidades de aquel acto.

Los combatientes en la palestra y cada uno a la distancia acordada, aguardaban la señal para disparar el arma.

La última palmada sonó, y dos detonaciones simultáneas atronaron el aire, al mismo tiempo que un cuerpo caía al suelo atravesado por el plomo.

Los padrinos corrieron, y el médico, acercándose apresuradamente al herido, comenzó a hacer el reconocimiento.

—Es mortal la herida, dijo, después de haberla lavado con algunos antisépticos,—la bala ha despedazado el pulmón, y la muerte es inevitable, añadió con pesar, al anunciar su pronóstico.

Los padrinos y el médico tomando cuidadosamente al enfermo, pusieronlo dentro del carruaje, en el que lo acomodaron del mejor modo posible.

El coche partió en marcha lenta, casi funeraria, y a los primeros albores del día, que despuntaban con vaga claridad en el horizonte, se pudo distinguir a la distancia aquel vehículo que perdiase por entre las tortuosidades del camino.

Luis, y los que le acompañaban, quedaron un momento más en el sitio del duelo, y después de haber hecho ocultar con tierra las manchas de sangre que dejó en el pavimento el Barón de Holstein al caer, se retiraron a la ciudad, comentando el triste fin del suceso.

El joven duelista, meditabundo y dominado por fuertísimas impresiones, reclinóse en el respaldo del carruaje, mirando de cuando en cuando, el girón arrancado a su frac, por la bala que disparó el Barón, rozándole en el hombro. Sus compañeros le observaban y preguntándole en dónde quería dirigirse, contestó que al palacio de Caribbe; — allí llegaron, y cuando gran parte de los concurrentes ocupaban los carruajes que aguardaban a las puertas de la regia mansión, por una de las escaleras del vestíbulo subía el prometido de Flora, acompañado del doctor y sus padrinos.

Muchos de los invitados que notaron la ausencia de Luis, al verlo regresar, cuando todos los asistentes al recibo se retiraban, les causó cierta extraña curiosidad que originó aventurados comentarios. Una vez en presencia de la señora Caribbe y de su hija, al ser interrogado por aquella repentina ausencia, Bull explicábase lo sucedido. — Una deuda de honor, en la que era acreedor Luis de Perre, fué solventada por el Barón de Holstein, quien ofendió al joven millonario en su delicadeza, y que motivó el desafío que con tan alto precio aquel pagó.

Al saberse la noticia del duelo, muchos interesábanse por la suerte del Barón y al conocer su fallecimiento, que ocurrió pocas horas después del lance, un sentimiento general causó en los círculos de aquella alta sociedad.

Flora procuraba serenarse al escuchar la relación que del desafío se hacía y cuando les manifestó Luis la causa del girón arrancado en el paño de su frac, una conmoción violenta experimentó Flora, mezcla sin duda, de abatimiento ó de aflicción.

La señora Caribbe conocía al Barón y recordaba en aquel momento el deplorable destino que le acompañó; y una de las abuelitas que atendía la narración que hacía el doctor de aquel duelo, no pudo menos que rememorar la serie de fatales acontecimientos que se iban sucediendo al festejar muchos de los cumpleaños de su hija, apellidada por antonomasia la gran dama de Caribbe, única legendaria de aquella extirpe ilustre de abolengo.

La gran dama oía recelosa las palabras de su anciana madre, y Flora que notaba el marcado abatimiento de su mamá y de Luis, exclamó un tanto agitada y convulsa: ¿Qué sino es el nuestro, madre, que tan rebelde nos persigue? — Cuando murió mi padre, llevaba usted este pesado collar, el mismo que hoy, al colocármelo, parecíame golpeaba mi pecho al tocarlo con sus piedras; cuando asistimos últimamente a las bodas del Conde de Lagos, llevaba también prendido sobre mi garganta este collar que recuerda tantas contrariedades y que fué testigo de la terrible enfermedad que se inició en mí, desde aquella noche en que peligró mi vida.

Luego, y recuerde usted madre—continuó—cuando se hacía engazar una de sus piedras, al recibirlo el joyero, tal vez trabajando en él, murió repentinamente. Y hoy, cuando alegres y satisfechas pasábamos nuestras horas celebrando su onomástico, este mismo collar aprisiona mi garganta con una amarga emoción que ahuyenta mi felicidad para dejar el llanto!

—Sí, ese es la causa de tanto infortunio, interrumpió la abuelita, quien parecía asenir y haber descubierto el misterio al escuchar las palabras de Flora. Ese collar, prosiguió, desde su adquisición enseña su fatalismo. Cuando lo obtuvo mi difunto padre, ya había sido sacado del cuello de una Reina que cayó prisionera por los Moros, quienes al sacrificarla con horrorosa muerte, la despojaron de sus valiosas joyas, y desde entonces esos topacios constituyen hasta ahora un collar de desdichas.

— Estas piedras me asustan, dijo Flora, arrancándose las inmediatamente de su cuello. — No me las pondré ya más. Y diciendo esto, dirigió una mirada a Luis, que permanecía cabizbajo y sobresaltado, en presencia ó al recuerdo de su escena.

El doctor se despidió é indicando a su joven amigo que le acompañara, salieron juntos del palacio, marchando en seguida a su casa.

La gran dama, agobiada por el inesperado suceso, y reconociendo las contrariedades de Luis y de su hija, quien compartía de aquel malestar, abandonaron la lujosa sala, la misma que poco antes brindaba tantas complacencias.

Desde su cámara y por una de las ventanas que daban al balcón, contemplaba tristemente Flora, el tráfico de los carruajes, que muchos de ellos volvían a sus cuartos, después de dejar la concurrencia que había asistido a su palacio.

Las horas pasaban, y cuando los horizontes de la tarde despedían sus postreros reflejos, perdiéndose por entre ancha faja de nubes, un uñer ponía en manos de la gran dama, una tarjeta de Luis, en la que se despedía de ella y de su familia, anunciando su viaje a París, de donde regresaría dentro de algunos meses.

Al leerla Flora y al pronunciar el nombre que llevaba la firma, la abuelita que estaba a su lado, exclamó históricamente: Hija, resignate. — Ese maldito collar es quien lo aleja.

D. LARROSA PIZARRO.

Chilecito. Enero 98.



MOSAICO

De mis romerías.—Un precioso librito, bajo el punto de vista tipográfico, editado en Caracas, en la tipografía de *El Cojo Ilustrado*: nitidamente impreso, y elegantemente presentado, acredita los talleres del ilustrado colega centroamericano.

Esto no basta hoy día: el aspecto señorial no salvaría al libro si su contenido no correspondiese a las galas exteriores; pero las sobrepaja; sí, el encanto de salteadas páginas, leídas al vuelo, preside en esas galanas impresiones de viaje de su autor, M. Díaz Rodríguez. Tareas de redacción y asuntos del momento, han retardado algunos «bosquejos» de «juicios literarios» anunciados. Llega un apreciable escritor más a recordar nuestra promesa, que se verá pronto cumplida.

Por ahora, gracias por la amable dedicatoria.

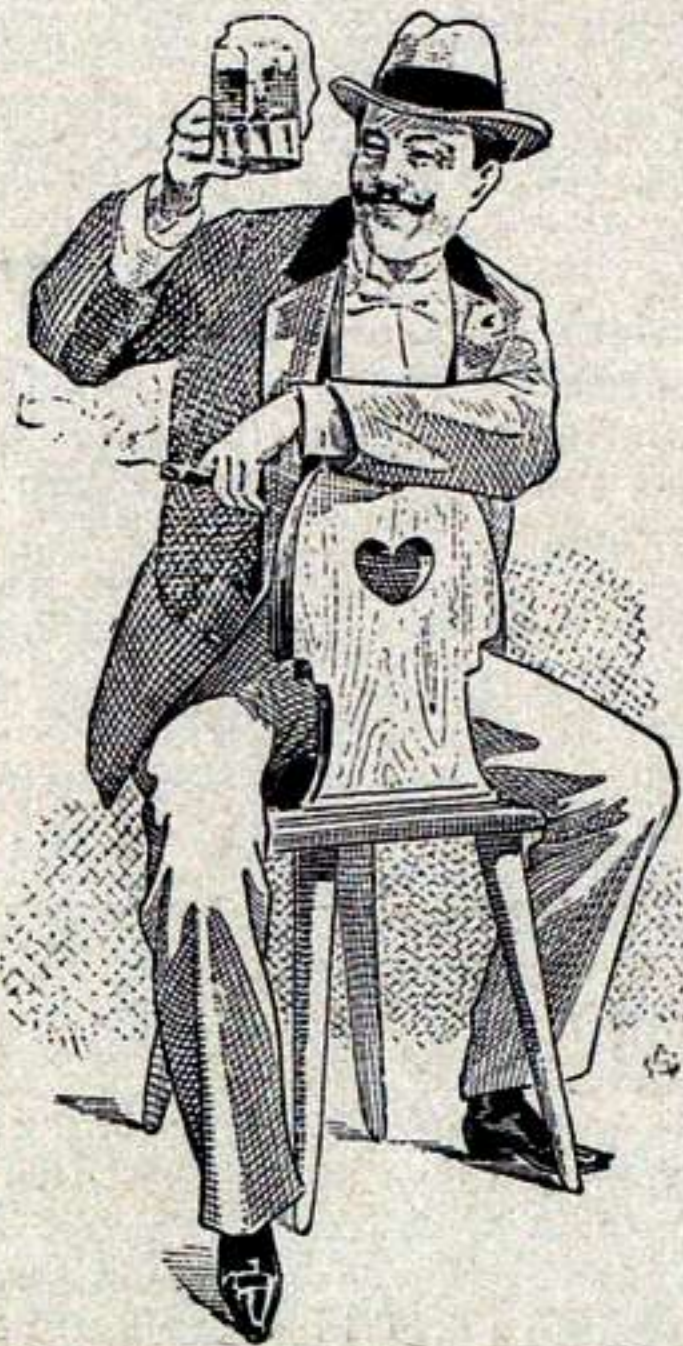
Se necesita agente.—En cada población; una persona inteligente para trabajar como nuestro agente. No hacen falta conocimientos especiales, ni que deje sus ocupaciones actuales. Sueldo y comisión de primera. Es ocasión excelente para un joven ó señorita lista y activa.—Morse Manufacturing Company, Red Llund Count, London, E. C. (Inglaterra).

LAS DAMAS más elegantes han renunciado al antiguo cold-cream que se vuelve rancio y da al rostro un reflejo lustroso. En su lugar han adoptado la **CREMA SIMON**. Los **Polvos de arroz** y el **Jabón Simón**, que constituye la perfumeria más higiénica y más eficaz.

Exigir la marca de fábrica.

J. SIMON, rue Grange Batelière, Paris, y en las farmacias, perfumerías, bazares y mercaderías del mundo entero.

¡VIVA QUILMES!



**CERVECERIA ARGENTINA
QUILMES**
Escritorio: BRAZIL 731
BUENOS AIRES

NUESTROS GRABADOS

Una ciclista.—Ya está la moda en todo su apogeo y ha invadido el campo femenino: la bella silueta de la que en nuestro grabado figura, a la que siguen otras que en el fondo del bosque se divisan, revela que no es tan antiestético, como los enemigos del nuevo *sport* pensaban, la apostura que presenta esta linda aficionada al arte del pedaleo.

Montevideo. Grupo del International Cricket Match.—Ahí están: robustos, satisfechos, decididos por el juego característico de la raza sajona, que, con otros torneos gimnásticos, los hace tan vigorosos para toda clase de fatigas, los animados jugadores que en artístico grupo nos presentan una selecta representación de los briosos jugadores en la vecina y bella capital montevideana. Y conste, de paso, que los orientales han salido vencedores en el último *sport*.

Estancia San Juan, del señor L. Pereyra.—El bello paisaje que de la «Estancia San Juan» presentamos, es una reproducción de una hermosa fotografía del doctor Francisco Ayerza, *amateur* distinguido, de cuya valiosa colección fotográfica se hacen lenguas los aficionados.

Robado a la naturaleza, ofrece la variedad de tonos de ese paisaje, todos los encantos de una obra preparada con arte, y en la que la ficción parece haber ornado las impurezas de la realidad, con artísticos toques. Y, sin embargo, es así, tal y como en nuestra página ilustrada se ve, consolándonos a los que oímos hablar de los panoramas europeos, con los que nos presenta nuestro propio país, con evidente sorpresa de los que vivimos la vida exclusivamente ciudadana, ajenos al campo y sus encantos.

República Argentina. La Plata: Teatro Argentino.—Podrá la bella capital de la provincia bonaerense carecer de industrias, de comercio y de activísima vida social: podrá tal vez, decirse que, fuera de la política, no hay en la hermosa ciudad, animación ni impulsos para la agitada existencia moderna, pero sus edificios suntuosos, y sobre todo el hermoso teatro que constituye nuestro grabado, revelan al viajero que allí se presentan bien los espectáculos, en ese bello teatro, y que la inacción pasajera actual, ha de traer otros días de mayor avance en la capital modernísima de esta provincia.



LOS CIGARRILLOS BRISSON
son los únicos que fumo por ser los mejores.
180, CHACABUCO, 180

APARATOS Y ÚTILES PARA LA FOTOGRAFÍA



Enrique Lepage y Cía. CALLE BOLIVAR, 375
BUENOS AIRES

Gratis

Gran catálogo de 112 páginas ilustrado con 275 grabados.

“Un perfume exquisito”

S. A. R. la Duquesa de York.

Atkinson's White Rose

Suave y delicadamente odorífero como la misma Rosa.

El más delicioso de todos los Perfumes

Es el de ATKINSON, que es el solo verdadero y original.

Los Perfumes Ingleses de Atkinson

son mucho superiores a otros. Son verdaderos olores naturales, extraídos realmente de las flores, y no fabricados artificialmente, como lo son muchos otros, con PRODUCTOS QUÍMICOS.

OPOPONAX, FRANGIPANE, ESS. BOUQUET, HELIOTROPE, JOCKEY-CLUB
y todos los olores en boga.

Desconfíese de las Imitaciones!

La autenticidad está garantida por la etiqueta y la marca de fábrica «White Rose». Se vende en Casa de todos los perfumistas y de los Fabricantes. — J. & E. ATKINSON, 24, Old Bond Street, Londres.



La “FOSFATINA FALIERES” es el alimento más agradable y más recomendado para los niños desde la edad de 6 a 7 meses, sobre todo en el momento del destete y durante el periodo de crecimiento. Facilita la dentición, asegura la buena formación de los huesos.

París, 6, Avenue Victoria y en todas las farmacias

Representantes: P. DUPONT & Fils-Chacabuco, 129



UNICO REMEDIO INFALIBLE CONTRA TODA CLASE DE JAQUECA!

EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

ÚNICO AGENTE: GUIDO AIGNER

CALLE CUYO, 811

SPORT

HIPÓDROMO NACIONAL

REUNIÓN DEL 16 DE ENERO

La concurrencia de aficionados va aumentando en el Hipódromo de Belgrano, y las inscripciones en las carreras también son más numerosas que al principio, lo cual hace presumir un resultado favorable para la Sociedad, en esta temporada hípica de verano.

Resumen:

Premio «Resigné», 1.300 metros—1.º Tamberlick 57 kilos, 2.º Bal Masqué 57, 3.º Frégoli 57.
Sport \$ 13.95 á ganador y 4.75 á placé; del 2.º 3.50, del 3.º 13.45.

No placé: seis caballos.

Premio «Remate», 1.600 metros—1.º Tom Pouce 57 kilos, 2.º Hídalga 55, 3.º Coral 51.

Sport \$ 54.60 á ganador y 11.35 á placé; del 2.º 4.95, del 3.º 4.25.

No placé: ocho caballos

Premio «Amelia», 1.900 metros—1.º Redoutable 57 kilos, 2.º

Rose Royale 52, 3.º Tiradentes 44.

Sport \$ 13.50 á ganador y 5.85 á placé; del 2.º 4.35.

No placé, dos caballos.

Premio «Extra», 1.200 metros—1.º Hídalga 52 kilos, 2.º Hir-

cania 46, 3.º Extra 47.

Sport \$ 7.20 á ganador y 4.00 á placé; del 2.º 3.35.

Premio «Palermo», 1.600 metros—1.º Amelia 56 kilos, 2.º

Tula 56, 3.º Mulato 53.

Sport \$ 3.65.

No placé: Clase.

Premio «Huapi», 1.600 metros—1.º Píldora Azul 57 kilos,

2.º Validé 50, 3.º Watherwich 48.

Sport \$ 13.60 á ganador y 6.75 á placé; del 2.º 8.00.

No placé: cinco caballos.

REUNIÓN DEL 23 DE ENERO

El programa confeccionado por la comisión de carreras, resultó bueno en todas sus partes, ofreciendo algunas prue-

bas finales muy reñidas, que dieron vivo interés á la fiesta.

Resumen:

Premio «Maceo», 1.100 metros—1.º Retraite 53 kilos, 2.

Faustine 53, 3.º Monge 55.

Sport \$ 43.20 y 11.95 á placé; del 2.º 7.20 y del 3.º 9.54.

No placé: siete caballos.

Premio «Remate», 1.600 metros—1.º Coral 48 kilos, 2.º Es-

tudiante 51, 3.º Stamboul 51 y Aguilá 46.

Sport \$ 8.55 y 2.85 á placé; del 2.º 3.10, de Stamboul 3.15 y

de Aguilá 2.75.

No placé: cinco caballos.

Premio «Brandzen», 1.600 metros—1.º Juncal 59 kilos, 2.

Redoutable 61, 3.º Rayon d'Or 53.

Sport \$ 7.10 y 4.70, del 2.º 4.90.

No placé: 2 caballos.

Premio «Redoutable», 1.200 metros—1.º Espingarda 50

kilos, 2.º Distinguido 48, 3.º Hircania 47 y Faustine 44.

Sport \$ 9.00 y 2.75 á placé; del 2.º 3.60, de Hircania 2.35 y de

Faustine 2.75.

No placé: 4 caballos.

LA EQUITATIVA DEL PLATA

SOCIEDAD DE SEGUROS SOBRE LA VIDA

Capital Social: pesos 1.000.000 m. n.

Esta Sociedad otorga pólizas á tipos de premios moderados y en condiciones especiales aún no ofrecidas por ninguna otra Compañía.

A toda persona que envíe la fecha de su nacimiento y su domicilio, se le remitirán fórmulas ilustrativas con el costo del seguro y sus resultados estimados.

Oficina Principal: AVENIDA DE MAYO, 651

I. MORALES,
Director General.

BUENOS AIRES

MIGUEL TEDIN,
Presidente.

BREYMANN & HUBENER

BUENOS AIRES

Introducentes de Máquinas y útiles para la Industria y la Agricultura

ÚNICOS INTRODUCIDORES

DE TRILLADORAS, MOTOR'S, ATADORAS, SEGADORAS Y GUADAJADORAS marca HORNSBY y del "ESPECIFICO DE QUIBELL"

Oficina Técnica

Oficina: 425 - CALLE PERÚ - 437

Especifico de Quibell

EN LIQUIDO Y EN POLVO



— ¿Por que tan tristes, amigos?
— Estamos enfermos, tenemos la sarna y no encontramos remedio seguro para curarnos.
— Pero amigos, no conocen entonces el **ESPECIFICO DE QUIBELL** que cura infaliblemente; nosotros también estábamos enfermos y llenos de sarna; con el **ESPECIFICO DE QUIBELL** nos hemos curado en pocos días y ahora nos ven aquí sanos y contentos tomando Vino del país y bailando el Pericón.

Premio «Tula», 1.600 metros — 1.º Flageolet 53 kilos, 2.º Amambay 53, 3.º Emir 53.
Sport \$ 8.35 y 4.05 a placé, del 2.º 3.75.
No placé: 4 caballos.
Premio «Rose Royale», 1.900 metros — 1.º Rayon d'Or 53 kilos, 2.º Juncal 62, 3.º Tiradentes 44.
Sport \$ 23.55 y 7.15 a placé; del 2.º 4.10 y del 3.º 4.15.
No placé: cinco caballos.

FOR EVER.



Avisos varios

SANATORIUM de los doctores *Sold y Caride*. Avenida Montes de Oca, 1051.—Se admiten a pensión hombres, señoras y niños, con asistencia médica y quirúrgica.—Consultas particulares, de 2 a 3 p. m., Lima 367.

DR. JUSTO CARLE—Enfermedades de la piel y vías urinarias.—Cerrito 38, de 1 a 3.

DR. FRANCISCO COBOS—Director por concurso del Hospital San Roque.—Consultorio: Maipú 276, de 1 a 4.

DR. SALVADOR BORGONDO—Enfermedades de señoras, se curan sin operaciones por un sistema especial. Curación garantida de todas las enfermedades del cutis.—Artes 210, de 10 a 12 y de 4 a 6.

DR. EDUARDO OBEJERO—Enfermedades de ojos, nariz, garganta y oídos.—Suipacha, 574 de 1 a 4.

DR. N. ODAHL, Dentista—Operaciones sin dolor por medio de cocaína, clorétilo, etc., etc. Avenida de Mayo, 1111, esquina a Lima,

DRES. RAFAEL CALZADA y FERMIN F. CALZADA—Abogados, Alsina, 670, de 1 a 4.

DR. CARLOS VOCOS—Abogado, Cangallo, 845 de 2 a 4.

DR. J. COSTAU—Abogado—Avenida de Mayo 715 de 2 a 4.

DR. GENARO OSORIO—Moreno, 792 de 1 a 4.

B. MITRE Y VEDIA—Traductor público y comisionista.—S. Martín, 491. Unión Telefónica núm. 197.

CASA INTRODUCTORA DE VINOS

624, RECONQUISTA, 628



TEOFILO MEYER y Cia.

BUENOS AIRES

Fábrica Nacional de Instrumentos Musicales

238 - FLORIDA - 238

ARTURO DEMARCHI

Editor, Sucesor de GIUDICI STRADA

CASAS
EN MILANO Y TORINOCASILLA DE CORREO, 1154
UNION TELEFONICA, 589

BUENOS AIRES

DISPONIBLE

SAPOLIO

Está expresamente fabricado para limpiar objetos de cocina, metales y madera pintada.

ÚNICOS IMPORTADORES

JORGE BELL é Hijos

649 - CALLE DEFENSA - 649
BUENOS AIRES

La Nacional Talabartería, Lomillería y Curtiembre a vapor
— DE —
CASIMIRO GOMEZ y Ca.

155, CALLE BUEN ORDEN, 165, — entre las de Victoria y Alsina



Las más altas recompensas le han sido adjudicadas en todos los concursos

MEDALLA DE ORO en la Exposición Universal de París de 1889, por guarniciones finas en competencia con Europa y América—TRES PREMIOS en la de Chicago de 1893.

Gran surtido de guarniciones y monturas de todas clases. Especialidad en talabartería fina y artículos para viaje... Colección variada y permanente en bastos, caronas, recados sobrepuestos, fladores y todo lo concerniente al ramo de lomillería en general. Los encargos son despachados con prontitud por estar sus talleres montados con los elementos más modernos que se conocen. TALLERES ESPECIALES para la confección de monturas reglamentarias para el ejército argentino.

A. PRAT - Tintorería

140, CALLE SUIPACHA, 140

Se tiñe y limpia toda clase de ropa y telas. Se lavan y planchan de nuevo toda clase de cortinas de muselina. Compostura de ropa de hombres y de niños.

Sucursales:

375, CHACABUCO, 375
71, CALLAO, 87782, BUEN ORDEN, 790
P. DE JULIO, 1428

BUENOS AIRES

A LA CIUDAD DE LONDRES

TIENDA LA MAS VASTA Y MEJOR SURTIDA DE BUENOS AIRES — AVENIDA DE MAYO — CALLE PERÚ — CALLE VICTORIA
Primera casa en Buenos Aires habiendo establecido el sistema de vender todo de CONFIANZA y a PRECIO FIJO lo que le ha valido un éxito sin igual hasta hoy

CARNAVAL DE 1898

Exposición Especial de Artículos para Carnaval, Trajes de alta fantasía para Señoras, Señoritas, Niñas y Niños

DOMINÓS DE TODAS CLASES CLOWNS, PAYASOS, PIERROTS, BAILARINAS, MONOS, DIABLOS, ETC.

SERPENTINAS CONFETTIS, GLOBITOS, POMOS (UNICO DEPÓSITO)

Tejidos de Seda, lana y algodón. Adornos de todas clases. Saldos de fin de estación. Venta excepcional de los saldos de las novedades de verano con grandes rebajas de precios

Sozodonte

PARA LOS
DIENTES Y EL ALIENTO,



Los principales Dentistas y Médicos piden un *Líquido* (que destruya los gérmenes entre los dientes y en la boca) y unos *Polvos* (que limpien el esmalte de los dientes) que *usados juntamente* conserven propiamente la dentadura. Hé aquí pues el SOZODONTE que es el único dentrífico perfecto, pues que cada caja contiene Líquido y Polvos. Uno de los mas viejos de América.

El Dr. D. Francisco A. Rísquez, vice-rector de la Universidad Central de Venezuela, Catedrático de Patología Interna en la misma y Vocal Secretario del Consejo de Médicos de la República de Venezuela, dice:

"SOZODONTE es un preparado excelente para los cuidados diarios de la Dentadura y la boca, que ya no faltará en mi tocador ni en el de mi familia."

Vendido en las Droguerías, Perfumerías y Farmacias de todo el Mundo

Pedid por tarjeta postal la "Dentistería Popular," un libro que dice la manera de cuidar la dentadura.

HALL & RUCKEL, New York, EE. UU.

NICOLÁS MIHANOVICH

EMPRESARIO DE VAPORES Y LANCHAS DE CARGA

PARA TODOS LOS PUERTOS DE LA REPÚBLICA Y RÍOS

Remolcadores de gran poder para toda clase de cabotaje y ultramar

Servicio especial en el Puerto de la Capital y Puerto de La Plata

FLOTA DE 45 VAPORES Y 60 BUQUES DE VELA

Introducción de carbon Cardiff mina Bory's Merthyr

Escritorio Principal: 26 DE MAYO y CANGALLO

JABON DE REUTER PARA EL CUTIS



DELICADEZA Y RIQUEZA DE PERFUME

son las cualidades más características del Jabón de Reuter, que en este particular deja á gran distancia á todos los otros jabones de tocador.

Una vez que se pruebe nadie querrá carecer de él

MAISON DE BLANC

CASA FUNDADA EN 1885
CANGALLO y SUIPACHA

Casa de confianza y de precio fijo.

Importadora de artículos franceses é ingleses.

Ropa blanca y de punto.

Especialidad en ajuares de casamientos, etc.

EXPOSICION PERMANENTE DE ALFOMBRAS

Tienda San MIGUEL

Fundada en 1857

ELIAS ROMERO y CIA

Casa importadora de toda clase de alfombras y artículos genetales de ultima novedad para tienda y tapiceria

BIENOS AIRES 902 al 936

TE AGUILA

Schelp
& Schelp

375-Balcarce-377

BUENOS AIRES



BANCO ESPAÑOL DEL RIO DE LA PLATA

RECONQUISTA, 180

ENTRE PIEDAD Y CANGALLO

CAPITAL REALIZADO: Pesos 6.000.000 m/n

FONDO DE RESERVA Y PREVISION: \$ 1.104.255,95 m/n

SE ABONA	M. l.	Oro
	%	%
Depósitos en cuenta corriente.....	1	sin int.
" " a 30 días.....	3	1
" " " a 60 días.....	4	2
" " " a 90 días.....	5	3
" " " a mayor plazo.....	conv'al	conv'al

SE COBRA	M. l.	Oro
	%	%
Por anticipaciones en cuenta corriente.....	10	10
Descuentos de letras y pagares.....	conv'al	conv'al

Se ocupa de toda clase de operaciones bancarias

HORAS DE DESPACHO

De 10 a. m. a 3 p. m. los días ordinarios y de 10 a. m. a 4 p. m. los sábados y fines de mes.

Buenos Aires, Enero 30 de 1897.

AUGUSTO J. COELHO.

Gerente.



BANCO DE LONDRES Y RÍO DE LA PLATA

Sucursales en Londres, París (16, rue Halevy, Buenos Aires, Montevideo, Rosario de Santa Fé, Paysandú, Mendoza, Río de Janeiro, Pernambuco, Pará.—Avenida Montes de Oca, 932, Barracas al Norte

Operaciones, descuentos, transferencias telegráficas, letras de cambio, remesas, compra y venta de cédulas y otros títulos, depósitos en oro sellado, depósitos en moneda legal, depósitos en títulos, remesas de interés para Europa y cobranzas.

SE ABONA:
Depósito en c/corriente y a la vista..... 1 % m/l.
Id. id. con un mes de aviso con la condición que si el depósito fuese retirado antes de dos meses no ganará interés..... 2 %
Id. por tres meses fijo..... 4 %
Id. por 6 meses fijos..... 5 %
Id. por 12 meses fijos..... Convenc.

ORO SELLADO:
Cuentas corrientes..... sin int.
Id. con un mes de aviso con la condición que si el depósito fuese retirado antes de 2 meses no ganará interés..... 1 %
Id. con tres meses fijos..... 2 %
Id. por 6 meses fijos..... 3 %

SE COBRA:
Por adelantos en cuenta corriente, 9 % m/l y 9 % oro.

Buenos Aires, Junio 16 de 1896.



R. A. THURBURN, Gerente.

Banco Francés del Río de la Plata

CAPITAL: 2.000.000 PESOS MONEDA NACIONAL ORO

254.297,08 RESERVAS DIVERSAS pesos oro 292.775,67

SUCURSAL EN BAHIA BLANCA
CALLE CHICLANA N.º 26

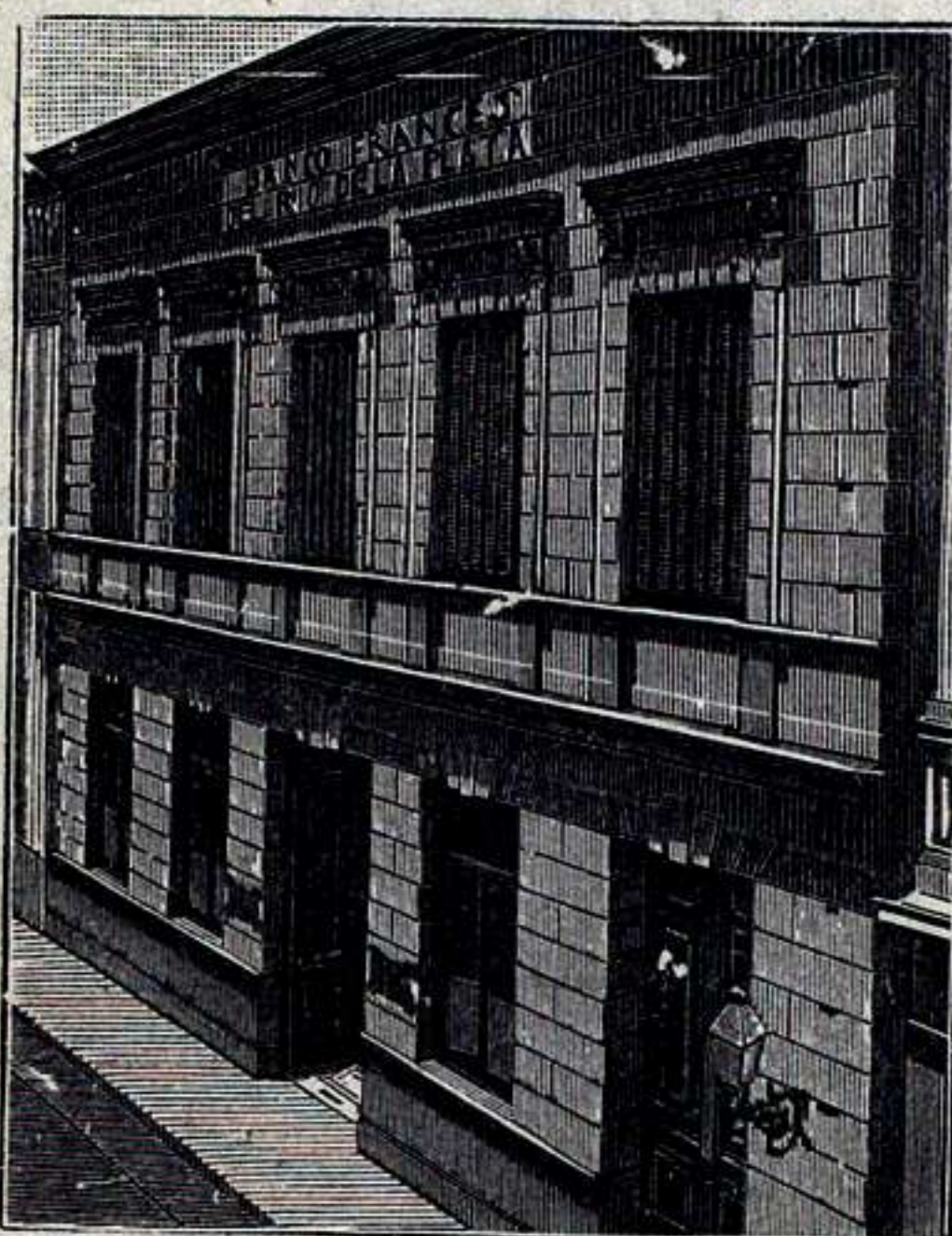
Agente Comercial en París:

SR. GABRIEL JARRE—6, Cité d'Antin.

SE ABONA	Papel	Oro
	%	%
Por depósitos en cuenta corriente a la vista....	1	1
Depósitos a plazo fijo de 30 días.....	3	1 1/2
Depósitos a plazo fijo de 60 días.....	4	2
Depósitos a plazo fijo de 90 días.....	5	3
Depósitos a plazo fijo a 180 días.....	convencional	
Depósitos a premio «Caja Ahorros» desde 20 ps. a 10.000 después de 60 días	5 %	—

SE COBRA	Papel	Oro
	%	%
En cuenta corriente.....	10 %	10 %

G. LERICHE,
Gerente.



RECONQUISTA 157 — Buenos Aires
Cooperativa 414.



BANCO BRITÁNICO

DE LA

América del Sud Ltd.

CASA CENTRAL

RECONQUISTA Esq. PIEDAD

SUCURSAL ONCE SEPTIEMBRE

2828, RIVADAVIA, 2828

ABONA (hasta nuevo aviso)

	Mon. n.l.	Oro
Depósitos en cuenta corriente.....	1 %	sin interés
Depósitos a la vista con libreta.....	4	3
Depósitos a plazo fijo de tres meses	5 1/2	3
Depósitos a retirar con noventa días de aviso.....	6	3
Depósitos a plazo fijo de 6 meses.....	6	3

COBRA

Por anticipos en cuenta corriente.....	10 %	9 %
Descuento de pagarés.....	convencional.	

F. M. HERIOT,
GERENTE.

Agua natural mineral VICTORIA

DE LAS FUENTES DE

OBERLAHNSTEIN

CERCA DE EMS



La única agua mineral natural sin hierro, que se puede mezclar con vino y licores espirituosos.

ÚNICOS Introdutores

ARNING BRAUSS & C^{IA}

RECONQUISTA NÚM. 80 (ALTOS)

Banco de Londres y Brazil Ltd.

402, CALLE PIEDAD, 402

BUENOS AIRES

ABONA:

	m. n.	oro
En cuenta corriente hasta 100.000 \$	1	% sin int.
En dep. 7 días aviso 2 ..	1	%
" " " 30 " " " 3 1/2 ..	2	"
" " " 60 " " " 4 ..	2 1/2	"
" " " 90 " " " 5 ..	3	"
" " " 3 meses fijo 6 ..	3	"
" " " 6 " " " 5 1/2 ..	3 1/2	"
" " " y arriba convencional.		

COBRA:

Por anticipaciones en cuenta corriente en oro y papel 10 %.
Se atiende todas las operaciones del banco.

A. F. ENNOR,
Gerente.

Bs. Aires, Febrero 3 de 1897.

